

**LOS CRITICOS CHILENOS
OPINAN**

En 1966, ideé una **HISTORIA DE LA CRÍTICA LITERARIA EN CHILE**, y queriéndole dar amplitud, redacté una circular que respondieron unos pocos escritores.

(Las respuestas de profesores chilenos en los Estados Unidos, iban, además, a servir para la Memoria de Grado de doña Elena Castedo).

Pero una orden médica de reducir el trabajo, y lo desbordante que amenazaba ser la obra ideada, me han llevado a reproducir las respuestas aquí, como declaraciones y experiencias, y dar a la proyectada **HISTORIA DE LA CRÍTICA** un tinte menos solemne, haciéndola, en cambio, más utilizable por los estudiosos de las letras hispanoamericanas.

Contestaron a la circular los siguientes críticos chilenos (los citamos según el orden cronológico): Carlos F. Mac Hale, Augusto Iglesias, Arturo Torres Ríoseco, Sergio Hunneus Lavín, Milton Rossel Acuña, Diego Muñoz Espinoza, Arturo Aldunate Phillips, Hermelo Arabena Williams, Fidel Araneda Bravo, Carlos Hamilton Depassier, Luis Merino Reyes, Alberto Baeza Flores, Alberto Arraño Acevedo, Fernando Uribe-Echeverría Uriarte, José Zamudio Zamora, Fernando Alegría, Julio Moncada Fernández, Hernán Poblete Varas, Víctor M. Valenzuela, Julio Orlandi Araya, Miguel Angel Díaz Aguilera, Margarita Aguirre, Hugo Montes Brunet, Santiago Quer-Antich, Fernando Lamberg Carcovich, Ernesto Livasic Gazzano, Jaime Concha Díaz, Ramón García Castro.

A todos muy sinceras gracias!

A. M. ESCUDERO, O. S. A.

CARLOS F. MAC HALE (★ Chillán, 18 de mayo de 1882).

Algunos entresijos tienen las preguntas que se me hacen, pero como el tema es interesante, influye en mí el interés y tengo que apechugar. Rezan así, a la letra: "¿Qué idea tiene usted de la crítica literaria? ¿Cómo calificaría la que usted ha realizado?"

I.—El primer punto es poco menos que un arco de iglesia y el segundo constituye un examen de conciencia; pero como la petición me viene de muy lejos, de mi querido Chile, y de un colega de enseñanza, no me queda más que hacer viable el problema sacando la medicina de la enfermedad.

Lo que ante todo viene a mi magín sobre el laberíntico tema, es que en esta época de tanto ajetreo y serias incógnitas, la crítica puede, y tal vez debe, ser asunto de más consecuencia que en el pasado. Un juicio sobre el mérito o demérito de una obra literaria, considerados por su argumento, estilo, etc., será siempre interesante; pero ¿basta sólo el interés? ¿No es posible ir un poco más lejos? Podría la crítica procurar la extirpación de prejuicios —a veces impiden éstos la justa evaluación de lo que se cree—; podría ser más extensa y explícita cuando se ocupa de las más primorosas florescencias del espíritu; podría condenar más severamente las producciones que hayan de malear a los lectores que no saben discernir; podría dar con vaina y todo a la degeneración del buen gusto, etc.

Si un lector cualquiera dice que cierto libro le gusta o no le gusta, bien puede que nadie le pregunte por qué; pero un crítico tiene que fundar sus razones, su juicio favorable o adverso, juicio que, a su vez, se ha de apoyar en cánones, reglas o principios.

En sus primeros tiempos la crítica fue casi siempre benigna y se limitaba a hacer resaltar los primores y no los defectos, de la obra considerada. Con el transcurso de los siglos han entrado en juego las pasiones de los hombres y a menudo ha degenerado en diatriba, cuando no en danzas de espadas.

La crítica ha de ser prueba de juicio reposado y razonable. Cuando en ella hay disentimiento, la más noble es aquélla en que el censor no es el antagonista, sino, cuando más, el rival, del autor criticado. En pocas palabras puedo decir que la idea que en general tengo de la crítica es que, si en ella no hay ecuanimidad, calma y nada de prisa, interés, utilidad y dominio de la materia juzgada, bien poco puede valer....

Las frecuentes comunicaciones y la facilidad de realizarlas, las cuantiosas traducciones —no siempre son buenas, por desgracia—, el aumento de bibliotecas, las ediciones a precio reducido, el estudio de las lenguas extranjeras, etc., facilita el conocimiento de las demás literaturas y de las influencias de unas con otras.

Si consideramos que la civilización no está a la misma altura en todas partes y que aquí y allí no se han tocado todas las teclas en el concierto internacional de la cultura, es bien posible que la crítica pueda prestarle un ingente servicio si amplía su radio de acción y procura ir de bien en mejor.

La literatura comparada, o sea, el estudio de las mismas formas, órdenes, movi-

nientos, tendencias, etc., en los diversos países —tiene cada día mayor trascendencia. La observación de lo que se produce en otras partes y la de los flujos, influjos y reflujos que hay en la producción literaria, es importante. Ojalá no tienda esa observación a crear diferentes métodos de criticar, y se llegue a hablar de crítica comparada. Lo lógico es tender a reducirla a un tipo racional y común, a un tipo noble digno y próspero.

En resumen, y para terminar, la expresión de juicios acertados y libres de pasión sobre las producciones del espíritu, aumentará la cultura si tendemos al perfeccionamiento de la crítica. Ella lleva también en sí una función creadora de considerable valor. Por tanto, enaltecendo su nivel y sublimándola a la posible perfección, contribuiremos al bien de la humanidad.

II.—Y dicho lo anterior sobre la crítica en general, viene ahora la parte personal. Esto de hablar uno sobre sus escritos críticos es poco menos que confesarse: pero, como creo que mis pecados no son mortales, no me arredra la pregunta y voy a desembuchar.

A veces pienso que me estaba predestinada la peor y más extraña clase de crítica: la de más bemoles, la más expuesta a dar los golpes en la herradura, la que no le importa un pitoche a nadie —como no sean los pocos que se desviven por las cosas del idioma—, dado lo abstruso e indigesto que hay en ella: la crítica lexicográfica.

Decía un filósofo chiticalla que crítico es el hombre que desea perfección en aquello que es objeto de sus juicios, y a fe que en gran medida tenía razón cuando se trata del que desea perfección en los diccionarios. Si en alguna parte debe haberla es en ellos.

En los albores del siglo ya empecé —en la cátedra del doctor Lenz— a poner en tela de juicio la invulnerabilidad del Diccionario Oficial. Al llegar a Madrid, en 1913, tenía siempre a mano en la oficina el llamado código del idioma, y empecé a marcar en la anteportada los números de las páginas en que había notado errores, discrepancias, exageraciones, etc. Practiqué esta costumbre durante muchos años y se llenó de números la anteportada.

El fruto de esas observaciones fue mi primera crítica dictionaresca: **El libro mayor del idioma** —obra de crítica lexicográfica constructiva dedicada a la Academia Española de la Lengua (Madrid, 1934)—. Buena parte de la edición se perdió al ser fusilado el dueño de la imprenta donde se imprimió el libro. Se salvaron sólo unos quinientos ejemplares.

Quien más me animó a proseguir esta crítica fue el más autorizado de cuantos en Chile, en aquel tiempo, podían emitir juicios sobre mi modesto esfuerzo: Emilio Vaisse (Omer Emeth), en "**El Mercurio**" del 14 de febrero de 1935. La modestia me impide repetir aquí lo que dijo el eminente crítico; pero diré que mi sorpresa fue tal, que estuve durante muchos meses quemándome las pestañas en el Diccionario. Una verdadera inyección. Me parecía que me había dicho: lo útil y lo hermoso no están nunca separados. La cosa era para mí, además, divertida.

Desde entonces he publicado tres librecitos más sobre el Diccionario (1) y también

(1) **De re lexicographica**— La germanía de los diccionarios académicos (Madrid, 1953). **Malsonancias y chuscadas del Diccionario Oficial** (Madrid, 1953). **Fe de erratas del Diccionario Oficial** (Barcelona, 1958).

me han proporcionado gratas satisfacciones. De todas ellas, la principal es la de haber visto que muchos de los lunares por mí señalados han ido desapareciendo poco a poco en las ediciones de 1936, 1947 y 1954. Nadie me lo ha agradecido. Evidentemente, la gratitud se ve hoy sólo en el Diccionario.

Como crítico, no se me puede aplicar aquello de que el hombre siempre desaprueba lo que no es capaz de hacer. Un diccionario es la obra de muchas cabezas, pues abarca todos los conocimientos humanos. Otras lenguas tienen mejores diccionarios que los nuestros, porque la colectividad es más inclinada a la cooperación.

Al internarme en terreno tan espinoso, pensé que era conveniente salirse del camino hasta entonces seguido, por otros críticos, deseoso de ver si mi crítica resultaba cosa más útil y menos indigesta para la generalidad de los lectores. Procuré, ante todo, no molestar a la Academia Española en lo más mínimo. Desde el principio opté por dialogar con el Diccionario como si fuese un amigo muy querido. No en vano hemos pasado medio siglo, bien contado, en amor y compañía.

En alguna ocasión, es cierto —pero son contadas— perdí la paciencia y usé con severidad la palmeta, más para llamar la atención al desliz que por enfado, pues en medio de descuidos más o menos leves, critico otros que son de más de marca.

No he leído el Diccionario en su totalidad —no llega a tanto mi chifladura— ni he seguido un plan fijo en mi crítica. Habrá sin duda en dicha obra muchos otros defectos que no he visto. Mi propósito ha sido contribuir a su mejoramiento sin perder la chaveta ni quebrarme los ojos del todo en sus páginas. Lo he hecho a mi manera, más bien como pasatiempo y en tono ligero y esparcido, para no ser enfadoso y hacer dormir a los lectores.

Traté siempre de evitar los personalismos, tendencia frecuente en esta clase de crítica. Basta recordar a Antonio Valbuena. Sólo en dos ocasiones me vi obligado a mencionar el nombre de un académico, para rebatir la aseveración de uno sobre lo que puede y lo que no debe ingresar en los diccionarios, y para referirme a otro que me había aludido en el prólogo de un libro del primero. El acatamiento que he guardado a la Academia, como guaráiana que es de nuestro tesoro lingüístico, me apartó del camino seguido por otros críticos, principalmente en España, y evité todo ataque personal y actitud contumeliosa.

En lo relativo a las cosas de América, punto muy controvertido, mi parecer ha sido que, si en el pasado hubo diversificación en el vocabulario —consecuencia natural del aislamiento en que vivía la lengua en cada país—, en la época actual, y gracias a la influencia de la literatura, la prensa, las comunicaciones, el cine, los viajes, etc., el idioma tiende a una hermosa unidad, en la que los usos regionales y locales van perdiendo valor e interés día a día. No es razonable querer revivir los usos que han desaparecido ni dar importancia a los de estrechos límites. Ocurre lo propio con los regionalismos españoles. Como no es lógico esperar que en Madrid se sepa todo lo relativo a nuestro continente, he dado la mano al Diccionario cada vez que he tenido oportunidad. Más cooperación es necesaria en este terreno, sobre todo de parte de las academias americanas.

Excediera de lo humano mi modesta crítica lexicográfica si no hubiese en ella defectos. La más hermosa compensación que podemos tener en esta vida, es la de que nadie puede ayudar a otro sin ayudarse a sí mismo. ¡Ojalá pueda continuar ayudando a mi viejo y querido amigo! Por estos días sale a luz en Madrid la novísima edición y ya tengo pedido un ejemplar, a fin de continuar mis esfuerzos tendientes a enaltecer una obra que no puede ser perfecta (ningún diccionario de ninguna lengua lo es), pero que merece el respeto de todos los amantes del idioma, porque es el padre de todos los diccionarios españoles y ha contribuido enormemente a conservar la pureza y unidad de la lengua.

AUGUSTO IGLESIAS (* Antofagasta, 28 de agosto de 1895).

Yo no tengo ninguna importancia en la literatura nacional como para dar antecedentes biográficos de mi labor y reconocer así, implícitamente, que los tengo...

No he hecho otra cosa en mi vida que leer y escribir por gusto y vocación. Nunca se me ocurrió archivar los cientos de artículos que he escrito, y me sería —estoy seguro— casi doloroso, recordar libros míos perfeñados, muchos de ellos, en plena juventud.

Además, como he viajado bastante, ¡gracias a Dios! confundo en mis recuerdos lo imaginado con lo visto; y en este guirigay prefiero —si algo puéiese valer entre cuanto hasta ahora hice— sean otros los descubridores, no yo.

De todas maneras, le agradezco de verdad la deferencia suya para creer que algo tengo de crítico.

ARTURO TORRES RIOSECO (* Talca, 17 de octubre de 1897).

Verdad que antes de él existieron allí maestros como Henríquez Ureña y Federico de Onís, pero respecto a cosecha en libros, no hay ninguna insolencia en considerar a Arturo Torres Ríoseco el verdadero iniciador de la crítica de la literatura hispanoamericana en los Estados Unidos.

Comenzó por ser encarnizadamente estudioso y de una constancia modelo.

Manuel Olguín procuró una vez rastrear los principios fundamentales del sistema estético de Torres Ríoseco: sencillez y honradez estética, que conducen a la verdad psicológica; intensidad social, que equivale a decir: fidelidad de la interpretación de la realidad.

Nosotros agregaríamos su devoción a Nuestra Señora la Poesía, clave de casi toda su actuación de escritor.

Así armado, exige de los críticos "tres requisitos indispensables a su profesión: sensibilidad, talento, conocimiento de causa".

Y en otra parte:

"El deber de los críticos es establecer valores. Es ésta una tarea ingrata, con

recompensa a largo plazo. El crítico tiene la obligación de descubrir al escritor auténtico, de poner de relieve sus méritos, de alentarlo y de orientarlo, de velar por la honradez artística, destruir los mitos y fraudes literarios. El crítico hispanoamericano tiene el supremo deber de mantenerse en posición independiente, de oír sólo la voz de su cultura, de su inteligencia y de su sensibilidad. Desgraciadamente, la mayoría de nuestros críticos hacen lo contrario. Son sectarios, personalistas, apasionados, rutinarios, acomodaticios y aduladores.

Repito que el crítico de nuestra América debe concebir su profesión como un magisterio. ("LA HEBRA EN LA AGUJA", pág. 138).

.....En cuanto a él bromea que ha escrito a muchos kilómetros de distancia. No le alcanzan los compadrazgos.

En sus trabajos histórico-críticos generalizadores, panorámicos, manifiesta capacidad de síntesis; y en los más centrados en un tema restringido, es más preciso, como que pisa terreno más firme. Ya lo reconocía, muy a pesar suyo, Alone ("El Mercurio", 6 de octubre de 1940), hablando de NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA: "De las cuatrocientas y tantas páginas que componen la obra, más de un tercio se dedica a ese trabajo de presentación objetiva, indispensable". Pero el libro "no me ha parecido farragoso, ni mucho menos pesado, sino entretenidísimo, nutrido, directo, con materiales de primera mano y valioso hasta en sus defectos".

SERGIO HUNEEUS LAVIN (* Santiago, 1º de enero de 1900).

ESTUDIOS: Bélgica e Inglaterra, Instituto Nacional. Derecho en la Universidad de Chile y Derecho Internacional en Georgetown University, Washington D. C. Dicté clases sobre Organismos Internacionales en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile en 1955, y también, sobre el mismo tema, en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1956.

OBRAS: "Hombres y Lugares", libro editado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1963, con prólogo de Gonzalo Zaldumbide, que contiene una selección de estudios y artículos publicados en Atenea y en "El Mercurio" de Santiago. "Pedro Prado en la Diplomacia" y "Crónicas sobre la India", son los más serios ensayos.

¿Qué idea tiene usted sobre la crítica? He publicado sólo dos estudios críticos. Uno sobre el libro de Alberto Ostria Gutiérrez, "Un pueblo en la Cruz", en "El Mercurio", y otro sobre "La India Eterna", de Juan Marín, en Atenea. La crítica es un campo que requiere profunda erudición y que debe ejercerse sin apasionamiento, lo que muchas veces no ocurre.

Maestros cuyo influjo reconozco: Cuando ingresé al Servicio Diplomático tuve la suerte de trabajar como secretario de Pedro Prado, a la sazón Ministro de Chile en Colombia. A él le debo mi afición a escribir. El maestro Baldomero Sanín Cano, colombiano, influyó sobre mí en mi juventud, como ha influido también Joaquín Edwards Bello, como cronista. Por mi formación europea he leído muchos autores franceses e ingleses. El poder de síntesis me parece esencial en un escritor o cronista.

¿Cómo calificaría lo que ha ejercido? Mi carrera ha sido la diplomacia, que he abandonado por algunos períodos por motivos ajenos a mi voluntad. He escrito sólo por el deseo de expresar mis sentimientos y por divulgar experiencias recogidas en mi carrera. Las experiencias más interesantes que he vivido están escritas en mi libro, hoy agotado, **"Hombres y Lugares"**.

VIAJES Y LUGARES: He servido cargos diplomáticos en todos los grados de la carrera, en Buenos Aires, Bogotá, Río de Janeiro, Washington, Nueva York (Naciones Unidas), en la India (ver **"Hombres y Lugares"**) y en el Ecuador, como Embajador durante los últimos siete años. He viajado además por Europa y conozco todos los países de la América Latina, que he visitado repetidas veces en misiones cortas.

OCUPACION ACTUAL: Acabo de retirarme del Servicio Diplomático y estoy tramitando mi jubilación como Embajador. Tengo intereses como socio en la firma "Divema". Pienso seguir escribiendo sobre problemas y actividades internacionales, que ha sido siempre mi especialidad cuando fui redactor de "El Mercurio".

MILTON ROSSEL ACUÑA (* Renaico, Malleco, 27 de diciembre de 1901).

TITULO: Profesor de Castellano titulado en la Universidad de Chile (Instituto Pedagógico). Profesor en los Liceos Valentín Letelier, José Victorino Lastarria y en el Instituto Nacional. Además, Profesor de Composición Castellana en los Institutos Pedagógicos de la Universidad de Chile en Santiago y Valparaíso y Director de este último.

OBRAS: **"Contenido y Significado del Criollismo"**, separata de la revista "Atenea" N° 358, Editorial Nascimento, año 1955. **"El hombre y su psique en las novelas de Eduardo Barrios"**, separata de la revista "Atenea" N° 389, Editorial Universitaria, año 1960; y **"Reencuentro con Marta Brunet"**, "Atenea" N° 394, Editorial Universitaria, año 1961. Estudios publicados en periódicos: **"A través de la Grecia eterna"** (sobre **"La barca de Ulises"**, de Miguel Luis Rocuant), "El Mercurio", 19 de julio de 1942; **"Perfil humano de Domingo Melfi"**, "El Mercurio", 15 de septiembre de 1963; **"Reencuentro con Mariano Latorre"**, "El Mercurio", 14 de noviembre de 1965; **"El Castellano en América"**, "El Mercurio", 30 de junio de 1962; **"Baroja y sus circunstancias"**, "El Mercurio" de Valparaíso; **"Cine, Arte y Moral"**, "El Mercurio", 3 de junio de 1962; **"Revaluación de Zola"**, "El Mercurio"; **"Anverso y reverso de la crítica de Alone"**, "La Nación", junio de 1960; **"La crítica según Alfonso Reyes"**, "El Mercurio", junio de 1960; **"Don Enrique Molina en mis recuerdos"**, "El Mercurio", marzo de 1964; **"Don Samuel Lillo en mis recuerdos"**, "El Mercurio", mayo de 1959; **"Arte y Literatura"**, "El Mercurio", febrero de 1958; **"Consideraciones sobre crítica literaria"**, "El Mercurio", enero de 1958.

SOBRE EL CONCEPTO DE LA CRITICA: He escrito varios trabajos. Adjunto el publicado en la revista de Filología de la Universidad Austral de Valdivia.

Con relación a cómo calificaría o determinaría lo que yo he escrito, podrá decirle que casi todos mis trabajos o artículos son producto de circunstancias que requerían apresuramiento en la redacción de ellos, pues casi todos estaban destinados a periódicos, revistas semanales (fui crítico oficial de Zig-Zag), revistas trimestrales, especialmente "Atenea". De los trabajos que he realizado sólo me han satisfecho algunos: los dedi-

cados a Eduardo Barrios (prólogo a sus "Obras Completas", en prensa en la Editorial Universitaria), a Domingo Melfi, "Atenea" N° 404, abril-mayo-junio 1964.

A pesar de haber escrito cientos de artículos, fuera de los mencionados, creo que son pocos los dignos de recogerse en volumen, y en todo caso habría que corregirlos.

INFLUENCIAS: Dostoiewski, Cervantes, Jorge Manrique, Góngora, Galdós, Balzac, Oscar Wilde, Antonio Machado, Azorín, Juan R. Jiménez, Pío Baroja, Ortega, Unamuno, Alfonso Reyes, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Neruça, etc., etc.

A propósito de un artículo de Luis Durand aparecido en "Atenea" con el título de "El desierto fecundo", le expresé al autor que lo más que me agradaba de su trabajo era el título. "¡Qué extraño! —exclamó él—, si el título me lo diste tú mismo". Todo esto me decía Luis Durand que lo pondría en su libro "Gente de mi tiempo", pero cuando este libro estaba en prensa, eliminó todo lo referente a mi persona, en circunstancias de que habíamos convivido durante muchos meses en charlas callejeras, de café, comidas y hasta juergas.

¿Razón de esta eliminación? Yo había formulado, en una revista o diario, juicios desfavorables a uno de sus libros.

Viví durante un año en la Argentina becado por la Comisión Nacional de Cultura, para seguir cursos de literatura argentina con don Ricardo Rojas y de Filología Románica con Amado Alonso.

VIAJES: Uruguay, Bolivia, Perú, Méjico, Guatemala, U. S. A., España, Francia, Alemania, Austria, etc.

OCUPACION ACTUAL: Director del Departamento de Difusión Universitaria y Director de la revista "Atenea", Universidad de Concepción.

Pronto editaré dos tomos en que reuniré mis ensayos sobre literatura chilena y otros ensayos de carácter general.

DIEGO MUÑOZ ESPINOZA (* Victoria, Malleco, 13 de octubre de 1903).

Licenciado en Derecho. Especializado en Gramática.

"La Avalancha", novela, 1931; "De repente", novela, 1933, Zig-Zag; "Malditas cosas", cuentos, 1935, Nascimento; "Brito, poeta nortino", antología, 1953, Austral; "Carbón", novela, 1954, Austral; "Lenguaje vivo", manual de gramática, 1965, Zig-Zag, 4ª edición; "De tierra y de mar", cuentos, 1964, Premio Municipal Gabriela Mistral, edición municipal; "De repente", 2ª edición, Orbe, 1963.

He publicado varios artículos largos sobre poesía popular, sobre algunos chilenos y otros temas.

"De tierra y de mar" obtuvo también el premio Pedro de Oña, 1964.

Es posible que me equivoqué en algunas fechas, pero en la segunda edición de "De repente" se indican con precisión.

Sobre la crítica no he escrito nunca nada; solamente he conversado acerca de este tema. A mi juicio, la crítica, desde el punto de vista personal será siempre, también, personal; quiero decir que reflejará la cultura, los gustos personales, las concepciones personales del crítico, las influencias que se ejerzan sobre el crítico. Desde el punto de vista social, será siempre tendenciosa; siempre lo es. Una obra de contenido revolucionario no habrá de ser celebrada por un crítico que ejerce su oficio desde una tribuna reaccionaria. Y al revés: una obra reaccionaria en su contenido no habrá de hallar eco favorable en un crítico que sirva una publicación revolucionaria. Esta característica general ha venido acentuándose de día en día, se hace cada vez más clara, porque aumentan el número de obras y las tribunas. Las tendencias políticas buscan su expresión en el arte y la literatura; la batalla que sigue, la de los críticos, se hace más visible y aguda. En el mundo santiaguino hay un crítico cuya evolución demuestra lo afirmado; en un comienzo, ya lejano, era indulgente, estimulante; de pronto sus gustos personales lo destrozaban todo; a veces, su entusiasmo se expresaba generosamente. Pero los fenómenos sociales fueron influyendo en la realidad, modificándola, cambiándola; él, por su parte, cambió de tribunas, más de una vez, hasta llegar a la cumbre más reaccionaria. ¿Por qué ocurrió esto? Porque se alarmó, probablemente: había que detener aquello —eso, por un lado; por el otro lado, le llamaron, le atrajeron: "Venga, aquí tiene una tribuna muy alta; le necesitamos". Y ahí está.

Confieso una vez más que los grandes escritores rusos influyeron en mí decisivamente. Acababa de producirse la Revolución Rusa; las editoriales lanzaron ediciones millonarias de esos autores para que en todos los idiomas se conociera y apreciara lo que se había perdido, lo que estaba perdiéndose, lo que podía perderse para siempre, si aquella revolución no era aplastada. Yo entonces era un muchacho lleno de ansiedades. Los leí todos. Me sedujeron todos. Se convirtieron en modelos superiores a los franceses y españoles.

Una experiencia. Cuando se produjo el movimiento callejero que derribó al general Ibáñez, en 1931, yo ví todo con mis ojos; recibí garrotazos, escapé a las balas y a las lanzas; vi matar y huir; participé de los terrores y del coraje frenético, hasta que cayó el gobernante. Me senté a la máquina y escribí la novela "La Avalancha" en quince días de enorme trabajo; la imprenta tardó un poco más en entregar el libro. A poco más de un mes de producidos los acontecimientos, ese libro recibió los elogios de toda la prensa, aún la de extrema derecha, porque ya estaban todos hartos de aquel régimen. Fue una obra tendenciosa que recibió una crítica tendenciosa unánimemente favorable.

He viajado por todo el contorno de América del Sur; viví tres años en Guayaquil, también tres en Buenos Aires; en ambas ciudades trabajé como periodista.

Soy periodista jubilado. Libretista radial y de TV. Supervisor de estilo y redacción.

ARTURO ALDUNATE PH. (★ Santiago, 9 de febrero de 1904).

Hice durante varios años crítica literaria, especialmente de obras poéticas. Después

hice crítica teatral, esta vez con seudónimo. Mi opinión sobre la crítica en Chile daría para varias páginas. Creo que hay muy pocos hombres que pueden llamarse "críticos" literarios. Hay muchos comentaristas, que es distinto. Y una crítica literaria seria, que oriente sin prejuicios, que valore con justicia, y, más que todo, que aliente la obra de nuestros escritores, es indispensable. Desgraciadamente, los pocos capaces de realizar tal labor no son debidamente remunerados y tienen que hacer su trabajo "además" de aquél que les da para vivir.

Creo que, a juzgar por lo que entonces se dijo, mis artículos de crítica fueron justos y supieron dar una imagen apropiada de la obra comentada y de su autor.

Mi trayectoria de escritor ha sido tan variada que difícilmente puedo reconocer a "un maestro". He tenido "cientos", porque leo mucho y leo estudiando.

HERMELO ARABENA WILLIAMS (* La Ligua, Aconcagua, 11 de febrero de 1905).

Sin crítica literaria, sin el análisis de las grandes ideas, sin orientación estética, no hay creación de belleza. Pero la crítica debe ser independiente, constructiva, docta siempre. El crítico, además de humanista, tiene que estar dotado de una fina sensibilidad y de una honestidad de juicio irrecusables. Por desgracia, el magisterio de la crítica en nuestro país ha decaído notoriamente después de la muerte de Omer Emeth. Aunque este docto varón fue exagerado panegirista de lo clásico y, más que de lo clásico, de lo francés, Chile y sus escritores le debemos máxima gratitud: despertó en nuestros poetas y prosistas el amor a lo autóctono, el gusto por el paisaje, el fervor a nuestras tradiciones.

Y volviendo al candente problema de la crítica literaria entre nosotros, diré que ha llegado a tan deleznable nivel citando el caso del más renombrado de los que ejercen esta disciplina. Me refiero a "Alone" que en "Los Cuatro Grandes de la Literatura Chilena", libro editado por Zig-Zag, no ha tenido el menor escrúpulo para invadir el sagrado recinto de la vida privada de Augusto D'Halmar y Gabriela Mistral especialmente, afirmando o insinuando sobre ellos cosas reñidas con la buena fe y la hombría de bien de un escritor que se precie de tal. Y como los alucidos están muertos, no han podido replicarle ni defenderse....

Esta forma arbitraria y tan poco decorosa en que se cultiva la crítica en Chile la he comentado, con serena altura de miras, en las columnas de "La Hora". Y en "El Diario Ilustrado" (21 de mayo de 1950) he deslizado algunas breves observaciones sobre "Historia, Ensayo y Poesía", los tres géneros que se disputan el favor de escritores y lectores en nuestros días.

Creo oportuno citar aquí, por la enorme impresión que me produjo, un admirable artículo de don Juan Agustín Barriga, inserto en el N° 74 de la "Revista de Artes y Letras", Santiago, año 1887, en que discurriendo sobre el arte de novelar expresa: "Más que la originalidad y la belleza de la ficción, lo que en ella nos seduce y enamora es la sutileza del análisis, las condiciones literarias de la pintura y los primorosos refinamientos del estilo, en una palabra, las cualidades críticas de la composición".

Los maestros que venero son Menéndez y Pelayo, Juan Agustín Barriga y Julio Casares, cuya "Crítica Profana" me parece admirable.

FIDEL ARANEDA BRAVO (* Santiago, 8 de julio de 1906).

Mi opinión sobre la crítica literaria está en "Andrés Bello, Crítico Literario" ("Ateneo", Nº 410). En este mismo estudio y en otros ya anotados, he escrito sobre la materia.

He procurado ejercer la crítica literaria sin prejuicios, con independencia, y previa lectura íntegra de la obra.

No reconozco influjo de nadie.

Las experiencias que tengo como crítico literario son más bien tristes: en general, los autores quieren ser alabaños por los críticos; si sucede lo contrario, se molestan, y hasta quitan el saludo.

La primera vez que padecí persecución por la justicia como crítico, fue en 1938. Aún siendo seminarista, pero ya ordenado sacerdote, publiqué en la Revista Católica una crítica, en cierto modo elogiosa, sobre **El Monje Político**, de Alejandro Vicuña; libro en el cual el autor alude, satirizándolo, a Monseñor Carlos Casanueva. Uno de los sacerdotes colaboradores de Monseñor Casanueva en la Universidad Católica fue a protestar ante el Rector del Seminario y Director de la Revista Católica, Monseñor Alejandro Huneeus, porque el crítico de esta publicación había elogiado un libro en el cual, implícitamente, se zahería a Monseñor Casanueva. Felizmente, Monseñor Huneeus ha tenido siempre mucho respeto por las ideas ajenas, manifestó al sacerdote denunciante que el crítico tenía libertad para emitir su opinión como le pareciera.

Fui muy amigo de don Alejandro Vicuña hasta que le desagradó una crítica a otra obra suya; entonces me quitó el saludo; pero, poco antes de caer enfermo, conversamos muy cordialmente.

En 1945, el Obispo de Talca, don Manuel Larraín Errázuriz, mandó, para la crítica de la Revista Católica, su libro **Evangelizando el Reino**. Me resistí, porque la obra tenía algunas ideas fundamentales con las cuales no concordaba, pero el autor insistió ante Monseñor Huneeus en que esperaba una opinión sobre su libro. Cedió ante la persistencia; la primera vez que nos encontramos, me dijo a boca de jarro: "Muchas gracias, Fidel, por su fina impertinencia"; tuvimos una larga y acalorada discusión, y no llegamos a nada. Entre otras cosas, le dije que cuando un autor, fuera obispo o cualquier cosa, enviaba su libro a un crítico, debía exponerse a lo que fuese. Nuestras muy cordiales relaciones se enfriaron; pero, cuatro años después, tuve que enviarle una carta agradeciéndole, al virtuoso obispo, que hubiese hecho leer al clero talquino, en un retiro, mi libro sobre D. Blas Cañas. Desde entonces fuimos íntimos amigos.

Luis Merino Reyes me envió su novela **Los Ferozes Burgueses** con la exigencia de que diera mi opinión en la prensa sobre ella. Escribí con la sinceridad y franqueza de que me enorgullezco; la novela no me gustó, y el autor, que casi me había puesto el revólver en el pecho para que diera mi opinión, manifestó públicamente su enojo

en un artículo, en el cual expresaba su extrañeza por la paciencia que tenía Milton Rossel de publicar críticas mías en "Atenea".

CARLOS HAMILTON DEPASSIÈR (* Santiago, 20 de octubre de 1908).

¿Qué idea tiene usted de la crítica, ha escrito antes sobre este punto?

He escrito sobre este tema sólo unas cuantas líneas en mi introducción a mi estudio "Nuevo lenguaje poético". No creo en la crítica seca o el mero datólogo, ni tampoco en la crítica de "bombo mutuo" o de "aplantar al que sube" de la tendencia tan corriente con que se reciben los autores noveles, amigos o enemigos. La crítica debe ser científica en el método de estudio e investigación. Pero debe ser un arte en la exposición, en que la síntesis siga al análisis y el buen gusto complete la información. El crítico debe resaltar valores y características y no debe afirmar con enfáticos adjetivos lo que no pueda probar en el contexto.

Un maestro consideraría yo a Eduardo Solar Correa, y a Federico de Onís, como el maestro de quien he aprendido más.

Maestros cuyo influjo reconozco: A los mencionados debí agregar a Francisco Donoso González y Eduardo Escudero, mis maestros y estimuladores, en clases y academias, en mi adolescencia santiaguina.

VIAJES Y LUGARES DONDE HA PERMANECIDO: Santiago de Chile hasta 1929. Luego dos años inolvidables de estudios en Roma. Regreso a Chile como profesor, de 1931 a 1950. Nuevo viaje a Europa: Italia y España principalmente. Amistad con Joaquín Ruiz-Giménez, Alfredo Sánchez Bella, Leopoldo Panero, Luis Rosales y Pedro Laín Entralgo.

En diciembre de 1950, a Nueva York, donde resido desde entonces.

He enseñado en las universidades norteamericanas de: Columbia, Fordham, Colorado, New Hampshire, Vassar y actualmente en City University of New York.

En 1963-64 enseñé un año en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá con una beca Fulbright del Departamento de Estados de los EE. UU. Tengo una invitación para enseñar el próximo verano en la Universidad de Santander y espero pasar mi "año sabático" 1967 entre España, Italia, Francia y Suecia.

OCUPACION ACTUAL: Profesor de Literatura Hispanoamericana y de Literatura Comparada, Brooklin College, City University of New York y miembro de las comisiones que organizan los estudios doctorales en Lenguas Romances y en Literatura Comparada en la misma universidad de la Ciudad de Nueva York. Además, escribo constantemente sobre temas de Literatura y de Cultura Hispanoamericana.

LUIS MERINO REYES ("Ulyses") (* Tokio, Japón, 12 de febrero de 1912).

Estudios en el Liceo Alemán de Santiago, Liceo San Agustín, Escuela Militar.

He escrito pequeños ensayos sobre Diego Dublé Urrutia, Pedro Antonio González, Carlos Pezoa Véliz, Max Jara, Luis Durand, Augusto D'Halmar, Mariano Latorre, Aldo Torres Púa. (Este último llevaba una carta mía en su bolsillo, cuando fue atropellado fatalmente en Londres).

El escritor trasciende en el tiempo gracias al estudioso, al crítico; a él deben los lectores que valen más que las masas de público ocasional. He combatido siempre al gacetillero y al frustrado que se vale de la crítica para desahogar su resentimiento o hacer mofa del creador ante una burguesía nivelada y tosca que generalmente está contra él.

Me he limitado a divulgar valores nacionales por la prensa, la revista literaria o de magazine, la radio. Estimo que todo escritor de verdad es un crítico. La crítica es para el escritor como las virtutas para el carpintero, pero una cosa es tener y otra sólo saber. Por lo demás, ningún escritor de verdad sitúa en la balanza su obra con las carillas escritas por el crítico.

El escritor de novelas ha de leer antropología (Paul Rivet, Linton); psiquiatría (Freud, Adler, Jung) y también novelistas (Cervantes y Quevedo, en primer término: Balzac, Zola, Proust, Dostoiewsky, Artzibascheff, Chejov, Bunin, Joyce, Faulkner, Eustasio Rivera, Gallegos, Icaza, Barrios, Benito Lynch, Manuel Rojas). Para el novelista apasionado todos los buenos escritores son maestros y el asunto está en hacer oír la voz propia. Con mis novelas y cuentos he pretendido dar la legítima autenticidad a la novela, llevarla al sitio que le corresponde de epopeya privada, huir del folletinismo convencional, propio del autor que engaña al lector engañándose a sí mismo; también del fumismo preciosista o escapista. Desde una mira artística, el hombre no es malo ni bueno y sólo cabe mostrarlo tal como es, dentro de una fábula verosímil, sometido a una estructura literaria cuyo norte es la belleza.

Luis Durand, un vigoroso escritor vernaculista a quien conocí en la intimidad, poseía aptitud y experiencias dolorosas para retratar la ciudad y sus hombres, desde el mejor y más sorprendente escorzo. Sin embargo, se refugió en el paisaje, como amortiguador nostálgico. Sus relatos orales eran superiores, en su aspecto humano, a muchos de sus escritos. Tal vez le faltó valor, tiempo o la ciudad grande y sus personajes lo anonadaron, le infundieron temor. Max Jara es otro que en vez de proyectar su poesía hacia un universo lírico, se adentró en sí mismo guiado por un escepticismo amargo, disolvente, de gran valor poético, un valor no reconocido en su dimensión justa.

He viajado por los Estados Unidos de Norte América, por Brasil, Argentina, Uruguay; he andado de paso por Ciudad de México y Lima; también fui a La Habana, diez días después del desembarco fallido de Playa Jirón.

En la actualidad, mantengo mi audición radial "Los Hombres y los Libros" que se transmite los días domingo, a las 13.30 horas, por Radio del Pacífico, y que no se ha interrumpido nunca, desde hace 8 años, y escribo la sección "Libros del Mes" de la revista "Occidente". Entregué a la Editorial Nascimento un tomo de cuentos, "El Pornógrafo" y daré a Zig-Zag, "Perfil Humano de la Literatura Chilena", denso tomo de estudios críticos, con notas del poeta y crítico Alfonso Calderón.

ALBERTO BAEZA FLORES (*Santiago, 11 de enero de 1914).

Responder a sus preguntas me hubiera sido más fácil (o hubiera podido ofrecer más completas respuestas) si hubiera podido contar con mis archivos, pero dos veces he perdido cuanto archivo y papel literario tenía: en Santo Domingo, en 1945, bajo el régimen de Trujillo, y en Cuba, en 1964, al romper relaciones Chile con el régimen de Cuba. Debo confiar, pues, a mi memoria y a lo que he podido reconstruir, y a lo último.

Mis ideas de la crítica literaria (pues durante unos años he hecho crítica de cine, en "Zig-Zag", La Habana, 1956-1958), creo que están condicionadas por lo que he hecho, prácticamente, en ella. Mi definición está en el modo y el ángulo, en las circunstancias, en que he escrito sobre autores y libros. Primeramente no he sido y no soy un crítico literario puro. Es decir: que la crítica literaria en mí se desarrolla al margen, de modo paralelo, y además, de mi obra en otros géneros literarios (poesía, novela, cuento, biografía, ensayo). Me hubiera gustado ser un crítico literario puro, o sea haber concentrado toda mi actividad en la crítica literaria, pues en América Latina lo que nos faltan son, precisamente, críticos literarios. Y debí dedicarme, también, enteramente a lo docencia, si hubieran mediado diversos factores y circunstancias, pues la docencia es mi verdadera vocación práctica.

La crítica literaria que he ejercido está, pues, mezclada, unida y a veces determinada por el rumbo paralelo de mi obra literaria en otros géneros: En una primera etapa en Chile —en revistas como "Mundo Social" y artículos en "El Imparcial"— escribo sobre los autores y los libros que me agradan, que me conmueven aunque en esas crónicas suelo marcar o señalar el tipo de literatura contra la que esos autores reaccionan y así marco, también, mis preferencias y mis oposiciones. Recuerdo en "Mundo Social" (1934-1935) artículos sobre Jacobo Danke, Carlos Préndez Saldías, Max Jara, Angel Cruchaga Santa María, Omar Cáceres y otros. En "El Imparcial" los dos artículos sobre la obra de Salvador Reyes (es posible que sean de 1934 ó 35). El sobre Neruda en "La Hora", con motivo de la aparición de "España en el corazón", marca ya una nueva característica: es la exaltación literaria que va unida a razones o factores extraliterarios, como es el compromiso político (razones extraliterarias contra las que lucharé más tarde). También en parte es la razón de una afirmación "de entusiasmo" generacional mi polémica con Roque Esteban Scarpa en "Tierra" de Santiago de Chile (1938? —fines—).

Parto hacia las Antillas en 1939. En La Habana escribo en la revista "América", de la Asociación de Artistas y Escritores Americanos, una serie de ensayos, a partir de noviembre de 1939, que intentan una síntesis de las letras chilenas. Algunos de estos ensayos son leídos por radio desde La Habana, para tener mayor audiencia y así, en 1939, por primera vez busco el medio radial para este modo de crítica literaria. Hay especialmente dos ensayos sobre la joven poesía chilena de entonces y uno sobre el panorama general de la poesía chilena (publicados entre 1939 y 1943). En 1941 mi ensayo sobre Vicente Huidobro es reproducido en Chile por la revista "Multitud". Creo que "Estatuta Espiritual de Chile" (revista "América", La Habana) está reproducido en "Chile: tierra y destino", por Francisco Méndez (Santiago de Chile, 1948).

La crítica literaria que hago en "La Poesía Sorprendida", donde —sin firma—

escribo todos los prólogos, notas de libros y redacto los manifiestos desde el número 1 al número 14, está condicionada por una actitud militante y polémica de un movimiento que revisa la obra anterior y la obra paralela y objeta o rechaza mucho de ella. Estos trabajos críticos son verticalmente ásperos y severos (y combatientes, desde un criterio determinado de la poesía). Ver, por ejemplo "Cómo leer a nuestros poetas" y "Balance de una actitud" en el número 13 y especialmente "Visiones y Revisiones de la Poesía Dominicana", "La Poesía Sorprendida" y "El Postumismo", en el número 14. (En números sucesivos hasta el 21, hay notas mías, también, pero no son de críticas, sino más bien de glosas o crónicas simples). Esta labor crítica en Santo Domingo la completé con la página literaria de "La Opinión" que dirigí en Ciudad Trujillo (1943) con Héctor Inchaustegui Cabral, y con numerosos artículos en "La Nación" y "La Opinión" de Ciudad Trujillo además de mi sección "Ventana de Cada Día" en "La Opinión" (de 1942 a 1944, cerrada, finalmente, por motivos políticos).

En "Acento" (revista fundada por mí en Bayamo), 1947-1948, escribo las notas sobre poetas y organizo los panoramas de poesía antillana, norteamericana y alemana que publica la revista.

En "El Diario de la Marina" de La Habana escribo notas críticas —unos cinco o seis artículos en total— en 1946?— sobre literatura antillana y europea.

Sólo en dos ocasiones he debido escribir sobre toda clase de libros y autores, de acuerdo a los que recibía de la dirección de las revistas para escribir sobre ellos; cuando trabajé en la "Revista de la Biblioteca Nacional" de La Habana (1953) y en "Cuadernos" de París (donde escribí notas sobre libros, con regularidad, desde 1961 a 1962 (diciembre).

Desde 1961 mantengo en "Nosotros", de Ciudad de Méjico, un quincenario, una sección permanente —que ocupa dos páginas grandes— que se llama "Un autor, una época, un libro".

En "Papel Literario" de Caracas, "Méjico en la Cultura" de Ciudad de Méjico, escribo con regularidad a partir de comienzos de este año, sobre letras europeas y latinoamericanas, pero en forma de pequeños ensayos o de crónicas —entrevistas—

En la revista "Testimonios" de Santo Domingo (desde diciembre de 1964) una sección "Poetas de nuestro tiempo", que incluye a poetas de todas las lenguas, con introducción y breve antología.

En "Cuadernos Desterrados" de Miami (1965) y "Cuadernos 66" (Miami, 1966) he publicado notas críticas sobre la poesía y cuentística cubana en el destierro y sobre letras en general, combatiendo los factores extraliterarios que impiden o desvían, por la pugnacidad política, una justa valoración literaria (tesis planteada en el Primer Coloquio de escritores iberoamericanos y alemanes al que asistí en Berlín en 1962).

La crítica literaria es para mí una función de iluminación, de aclaración, de ubicación. Su función es determinar calidades, orientar el tránsito, tan nutrido y congestionado, en la gran ciudad de las letras. Pero es también ayudar, orientar, hacer comprender

al lector o mostrarle determinados valores de un autor y de una obra. Es una función de comprensión, de amor, de devoción, en su sentido más alto. Y, naturalmente, de creación.

Para mi formación en labores de crítica, influyeron en mi primera etapa en Chile: Omer Emeth, Alone y Ricardo Latcham. No chilenos: Amado Alonso (al que escuché unos cursos), Dámaso Alonso y André Maurois —que influyó sobre mí a través de sus libros sobre autores ingleses y franceses, “Mágicos y Lógicos”, etc.

Más tarde me fueron muy útiles las lecciones de Vicente Llorens Castillo. Erwin Walter Palm y la amistad que me unió a ellos, como las lecturas y los consejos de Pedro Salinas, a uno de cuyos cursos —sobre el Modernismo— asistí en Santo Domingo. Todo esto es la etapa 1943-1945. En la República Dominicana, a través de los archivos sobre literatura, que conservaba el Museo de Historia, influyó sobre mí, también, Pedro Henríquez Ureña —aunque estaba ausente—.

En mi formación debo también a José Ortega y Gasset mucho, a través de la lectura de sus obras. Soy deudor, también, por la visión americanista, el estilo como lección y la iluminación hacia la obra creadora: de José Martí y de Gabriela Mistral (cuya correspondencia fue muy valiosa y orientadora para mí y que desgraciadamente se perdió en una de “las quemadas” de que fui víctima al oponerme a sistemas tiránicos). Sólo conservo un solo recado de Gabriela Mistral.

Como experiencia, especialmente de estos años, debo contar que la guerra psicológica de origen político y psicológico ha invadido, distorsionado, muchos aspectos de la apreciación crítica, creando antipatías y simpatías —desde la aceptación o rechazo de un libro en una editorial hasta el comentario o el silencio en el periódico— que nada tienen que ver con el valor en sí de una obra literaria. En el Primer Coloquio de Escritores iberoamericanos y alemanes, en Berlín, 1962, dije entre otras cosas: “¿Hasta dónde la guerra política y psicológica ha pasado a ser una especie de campaña neumática sobre nuestra actividad? ¿Hasta dónde afecta todo esto a la comunicación, las ediciones, y la discusión? ¿Hasta dónde crea una atmósfera de intolerancia, de cámaras secretas y oscuras de prejuicios?”

Mi oposición a toda clase de tiranías, me ha acarreado, también, toda clase de acciones contra mi obra literaria, de parte de los grupos que se consideraban afectados y reaccionaban contra el escritor. Como, aparte de temas literarios, he escrito sobre temas políticos y sociales, estos puntos de vista han motivado que se desencadenen, contra mi obra literaria, una serie de “venganzas” y surjan una serie de equívocos de origen extraliterario. Creo que esta situación, agudizada en la segunda mitad del siglo XX, merece especial atención, puesto que, en una parte del mundo, la actividad literaria ha pasado a ser “arma de propaganda política” y esta arma actúa a modo de quintacolumna —y desde variados extremos y tendencias— dentro del mundo que pudiéramos llamar —para darle un nombre—: democrático (democrático-capitalista o democrático, neocapitalista o democrático socialista o de izquierda democrática, según el país).

Vivo actualmente como he vivido casi toda mi vida: de mis actividades como periodista. Ellas me han dejado el tiempo y la base económica para mi labor literaria.

Finalmente, sobre los viajes, que considero indispensables para la crítica literaria, puesto que en nuestra América Latina no tenemos aún un mercado común para la inter-relación de autores y libros. Para conocer determinadas literaturas hay que visitar el país y aún en países vecinos se crean situaciones de ignorancia. (La literatura dominicana era desconocida en Cuba y eran vecinas en la geografía. Este es sólo un ejemplo. La fricción entre Perú y Ecuador, de orden político, diplomático, ha creado fricciones, también, en sus literaturas. Es otro ejemplo). Para conocer, saber bien la existencia de un grupo como "Poesía de Buenos Aires" tuve que viajar a Buenos Aires (1958), pues en la América Central y Antillas era desconocida su existencia. En Buenos Aires y otros países de América del Sur se desconocían, a su vez, los grupos y movimientos de la poesía de las Antillas ("Espuelas de Plata", "Clavileño", "Orígenes", de Cuba).

VIAJES: Debo mucho a mis viajes, puesto que he podido conectar las letras chilenas a diversos ambientes, o a ayudar a darlas a conocer mejor.

En 1939: viaje por mar hasta La Habana, visitando Lima, Guayaquil, Panamá, etc. Permanencia en Cuba hasta abril de 1943.

De abril de 1943 a junio de 1945: vida en la capital de la República Dominicana, con tránsitos por Port Au Prince, Haití.

Junio de 1945 a mayo de 1952: residencia en Bayamo, Oriente de Cuba, con viajes a La Habana.

Mayo de 1952 a agosto de 1958: residencia en La Habana, Cuba (con recorridos por toda la isla).

Agosto de 1958 a enero de 1959: Viajes. Visita a las Antillas (Kingston, Curacao, etc.) Visitas a Caracas, Cartagena (Colombia), Panamá, Lima, Santiago de Chile (residencia), Mendoza, Buenos Aires (residencia), Río de Janeiro (residencia), Trinidad-Port of Spain en el Caribe (residencia).

Enero de 1959 a septiembre de 1960: La Habana, Cuba. Recorridos por la isla.

Septiembre de 1960 a marzo de 1961: Ciudad de Méjico (viajes al interior).

Marzo de 1961: Traslado a Europa, con residencia en París (hasta marzo de 1966).

Septiembre de 1961: recorrido de gran parte de Italia.

Abril de 1962: primer viaje a Alemania.

Abril de 1962: viaje por toda Holanda y toda Bélgica.

Abril de 1962: Londres (y otros sitios de Inglaterra).

Julio de 1962: viaje de París hasta Centroamérica, pasando por Méjico.

Residencia en San José de Costa Rica, donde dictó un curso en el Instituto Interamericano de Educación Política.

Viaje a Panamá. Residencias: Caracas, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Miami, Nueva York.

Septiembre-octubre: Berlín y recorrido por Alemania (toda la Alemania Federal).

1964: recorrido de los Estados Unidos (vivo en Nueva York, Chicago, Miami, New Orleans, frontera de Méjico, Las Vegas, Dallas).

1964: viaje al Brasil. Vivo en Río de Janeiro, Montevideo, Santiago, de Chile, Buenos Aires. Viajes a España (desde abril de 1963).

1966: viajes al norte de Africa. Residencia en Madrid.

ALBERTO ARRAÑO ACEVEDO, S. J. (* Pichilemu, Colchagua, 20 de octubre de 1914).

La crítica la encuentro útil por demás, ya que ella nos da a conocer el valor de la producción literaria, y de la cual necesitamos para introducirnos en la lectura de una obra. Nunca he escrito sobre este punto.

Lo que he escrito sobre esta materia puedo indicar que son simples informaciones sobre libros, sin un mayor alarde de penetrarlos; claro es que tengo bastante base para estos juicios por mis conocimientos del latín y de los clásicos latinos y griegos.

INFLUJOS: Alone, Silva Castro, Francisco Donoso, Ricardo Latham.

FERNANDO URIBE-ECHEVERRIA URIARTE (* Santiago, 5 de diciembre de 1914). Seudónimo: Fernando Uriarte.

ESTUDIOS: Humanidades, Química Industrial. Docencia eventual, pero en filosofía y literatura (Escuela de Verano de la Universidad de Chile, conferencias).

OBRAS: Estudio, muy pequeño, titulado "Ortega, Filosofía y Circunstancia", ediciones AUCH., 1958. Ningún interés por formar un volumen mayor con doce o quince ensayos publicados. Esto puede cambiar si se renuevan las proposiciones.

Los periódicos no aceptan estudios. Sólo comentarios de cuatro páginas. Un estudio necesita de quince a veinte páginas por lo menos. En los diarios "Ilustrado", "El Mercurio" y "La Nación" he publicado unas cien reseñas sobre libros de Mariano Latorre, Hernán Jaramillo, José Donoso, Alfonso Echeverría, Julio Alemparte, Jaime Eyzaguirre, Manuel Rojas, Castor Narvarte, Miguel Serrano, Ricardo Donoso, Eduardo Barrios, Tomás Lago, Félix Schwartzmann, Jorge Millas, Julio Barrenechea, entre los chilenos. Además, he comentado algún aspecto de escritores extranjeros como Ortega, Baroja, Barea, Zunzunegui, Garagorri, Th. Mann, J. Marías, Guillermo de Torre, etc. En la actualidad escribo sólo para revistas que me solicitan colaboración (Atenea, Mapocho, Anales, Revista de Filosofía).

IDEA DE LA CRITICA: Crítica es realización de toda o una parte de la obra me-

dian­te la lectura. Lector y autor se com­plican. Sólo hay buena crítica cuando el autor ha tocado un problema personal (vital) del crítico. Historia literaria es historia de los problemas del hombre. No me extraña que los mejores críticos que he leído sean filósofos: Dilthey, Spengler, Ortega, Sartre, Lukacs, Nietzsche. En Chile la crítica es casi siempre periférica, de compromiso y de oficio. A esto, muy pocas excepciones.

MAESTROS: Ortega, Baroja, Goethe, Kant, Cervantes.

EXPERIENCIAS: Tengo algunas que no convienen a su estudio.

VIAJES Y LUGARES: Chile: de Arica a Puerto Montt. Argentina: Buenos Aires cuatro veces, Córdoba, Mendoza. España: Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Vera de Bidasoa, Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Valladolid, Salamanca, Avila, Segovia. Italia: Génova, Florencia, Pisa, Roma, Milán. Francia: París.

OCUPACION ACTUAL: No interesa a nadie. En Chile el escritor se gana la vida de muchas maneras: relacionador público, profesor, agricultor, sacerdote, industrial, comerciante, político, editor. Como escritor, nadie; salvo los editorialistas de los grandes diarios.

JOSE ZAMUDIO ZAMORA (* Talcahuano, 9 de octubre de 1917).

ESTUDIOS: Secundarios: Patrocinio de San José, Liceo Lastarria.

OBRAS: Están indicadas en "Obras del Autor" de mi libro: "H. Heine en la literatura chilena", Santiago, 1958.

Algunos artículos en "Atenea", "Anales de la Universidad de Chile", "Revista Chilena de Historia y Geografía", diario "La Nación".

Suscribo la frase de Jules Renard (Journal): "La critique no doit pas s'écrire; on la parle. A quoi bon écrire ce qui est fait? Seule l'oeuvre d'art se fait plume en main".

Estimo que los pocos trabajos que he publicado pertenecen más bien a la investigación e historia literarias y no a la crítica. (Esta es una ocurrencia del norteamericano Dyson).

En caso de haber hecho crítica, pero que mi maestro habría sido la autocrítica.

VIAJES: Brasil (1946), Estados Unidos (1951), Europa (1957).

OCUPACION ACTUAL: Bibliotecario (Jefe Sección Catalogación y Referencias Bibliográficas de la Biblioteca del Congreso Nacional).

FERNANDO ALEGRIA (* Santiago, 26 de septiembre de 1918).

(Entrevista con grabadora).

Mi idea de la crítica literaria es la concepción que tiene un crítico de la idea literaria; depende de la formación literaria misma, de los maestros con quienes ha estudiado, de la orientación y del grado de influencia ejercidos por éstos en uno mismo.

Para mí, la crítica es, fundamentalmente, un acto de creación. Tan importante, tan esencialmente importante, como la creación literaria del poeta, del dramaturgo o del ensayista; creo básicamente, con Unamuno, que el lector y, particularmente, el crítico, son personas que recrean la obra literaria con el autor, con el artista, de tal manera que en la explicación o en el análisis en profundidad de una obra literaria, el lector —el crítico literario, en este caso— está contribuyendo a la creación; es decir, está estableciendo un puente que ilumina la creación literaria para su mejor comprensión.

No creo en la crítica —llamémosla así— completamente objetiva; me parece que el crítico siempre añade un elemento subjetivo, una expresión de sí mismo en la explicación que da de una obra literaria. El subjetivismo es legítimo siempre que obedezca a una actitud de creación, óe simpatía fundamental del crítico con respecto a la obra literaria. Sobre este punto, no creo haber escrito en el plano de la teoría; pero sí, indirectamente, en introducciones de algunos estudios, me he referido, en forma crítica a lo que han hecho otros críticos; es decir, crítica de la crítica. En mi Introducción a la **Historia de la Novela Hispanoamericana** abundo en ciertas observaciones sobre los puntos de vista que han tenido otros críticos que han historiado la novela hispanoamericana. Así también en mi **Historia Crítica de la Poesía Chilena** analizo desde el punto de vista crítico lo que se ha dicho de la poesía nuestra, de tal manera que indirectamente, en esos estudios, está planteada esa mi posición respecto a la crítica literaria. Pero fundamentalmente, vuelvo a lo dicho al principio: esto es, que para mí el acto del crítico literario es de creación: o sea, un acto que complementa la función creadora del artista. El crítico, entonces, recrea para sí mismo, como el lector inteligente, la obra que está realizando.

A propósito de mi historia de la poesía chilena, tengo terminado el segundo volumen, que comprende la poesía de fines del siglo XIX y lo que va del siglo XX. Está inédito, pero listo, y en realidad lo ando trayendo en la maleta. Este libro lo va a publicar la Editorial de las Américas en Nueva York, en un solo tomo los dos volúmenes. El primero, que publiqué en 1954, y éste, sobre la parte contemporánea, con el título de **Historia de la Poesía Chilena**. He llegado hasta los últimos poetas llamados de la generación del 50; de manera que es una historia que está terminada, una historia crítica.

En cuanto a cómo calificaría o determinaría yo la crítica que he ejercido —y esto va a sonar a través de todo lo que estoy diciendo como una especie de leit motiv—, la crítica es una función creadora. Es un acto, como se dice en inglés, a labor of love, es decir, el crítico escribe cuando se entusiasma profundamente, cuando se inspira en una obra literaria en la que se siente realizado él también, en cierta manera; y una obra que le da la oportunidad de hablar de sí mismo, y aclararse uno mismo sus problemas frente a la creación literaria a propósito de una obra que para uno tiene una calidad estética fundamental. Y creo que el mejor ensayo que he hecho hasta la fecha en el terreno de la crítica literaria es el ensayo aparecido recientemente en una revista que se publica en París: **Mundo Nuevo**. Es un ensayo sobre la poesía de César Vallejo, **Máscaras Mestizas**; menciono esto porque da una idea bastante clara de lo que he hecho en el terreno de la crítica literaria; de lo que trato de hacer; porque, al cabo de años de enseñar la poesía de Vallejo, de analizarla y releerla con estudiantes de la universidad, de repente sentí la necesidad absoluta de escribir sobre Vallejo; una necesidad como la de quien, por ejemplo, para escribir un poema debe darle forma a una

experiencia poética, a una experiencia estética profunda. Le puse, entonces, como subtítulo "Dime con quién andas", y la primera frase del ensayo es: "Ando con César Vallejo". Por ninguna razón en particular —pero, en realidad, por muchas razones— la poesía de Vallejo me andaba penando, si así pudiera decirse: en el sentido de que muchos de los problemas que él tuvo a través de su vida y de su creación literaria, me parece que los estoy sintiendo yo en este momento sin que haya una coincidencia o una identificación total desde el punto de vista literario. Pero, incuestionablemente, la obra de Vallejo me sirve para analizar una serie de cosas que para mí tienen ahora una importancia fundamental.

En general, creo que la crítica que he ejercido ha sido crítica histórica. He historiado la poesía chilena; he historiado la novela hispanoamericana —y desde un punto de vista crítico—.

Ahora, en esa dirección básicamente crítica, creo que en lo que he hecho se nota, como un factor tal vez predominante, una preocupación social, es decir, la interpretación del hecho literario en el marco histórico y desde el punto de vista de lo que significa la creación literaria en la vida social, en la sociedad humana. De tal manera que, si hubiese una característica, si pudiese identificar lo que he hecho en la crítica, creo que cabría señalar, además de estas cosas que he dicho, la orientación de carácter social que he dado a mis obras. Por ejemplo, podría mencionar aquí mi estudio sobre Baldomero Lillo, que incluyo en mi libro "Las fronteras del realismo". Creo que, para entender a Lillo, no se puede prescindir de la situación de Chile en los años que él escribió; de la configuración económica y social del país, en las minas, especialmente en las minas del carbón. Entonces, en una introducción de carácter histórico, presento el ambiente social. La palabra social incluye, por supuesto, todos estos aspectos de carácter político, económico y cultural, de manera que, desde ese punto de vista, la crítica literaria pasa a ser un documento histórico, un documento útil para apreciar y para analizar lo que puede ser un país en un momento dado. Caracterizar a un país, caracterizar una época, caracterizar una generación, un período histórico.

En cuanto a los maestros que han tenido influencias en mi formación literaria, creo que me gustaría hablar de ellos desde dos puntos de vista: En primer lugar, de los que fueron mis profesores, es decir, de quienes tuvieron una influencia directa en mí. Y, luego, de los que influyeron con sus libros, a través de lecturas. Yo estudié en la Universidad de Chile, en el Pedagógico, con dos profesores que influyeron considerablemente en lo que hice después: Mariano Latorre y Ricardó A. Latcham. Don Mariano Latorre enseñaba principalmente literatura española y chilena contemporánea. Latcham, por su parte, enseñaba la chilena colonial. La influencia de Mariano Latorre se debía al hecho de que fundamentalmente presentaba a sus alumnos la literatura como algo vivo, esto es, desde un punto de vista impresionista, sugestivo, lleno de anécdotas, de experiencias, cuentos, comentarios de carácter personal: presentaba la literatura chilena como si hablara de amigos suyos. De ahí que hiciera un análisis tan vivo y tan inolvidable de aquella primera generación de escritores chilenos; de la generación del novecientos: D'Halmar, Barrios, Maluenda, Pedro Prado, de todos sus compañeros. Además, Mariano Latorre era hombre de grandes simpatías y de grandes odios literarios, odios que presentaba a sus estudiantes en forma muy pintoresca, muy personal, de manera que, además de aprender a apreciar la literatura chilena con don Mariano,

también aprendimos a mirar con **desconfianza** a otros. Recuerdo, particularmente, sus anécdotas, sus impresiones, desde luego, de Alone; y desde un punto de vista histórico, la presentación que nos hacía de **Omer Emeth**, Emilio Vaisse. Enumeraba y evaluaba positivamente y negativamente la influencia de este crítico a principios del siglo. Pero —repito— la fuerza, la importancia de la crítica literaria de Mariano Latorre se debía principalmente a su presentación subjetiva, impresionista.

Latcham era, por supuesto, el expositor brillante, gran imaginativo de la crítica; también hombre de grandes pasiones y amores, devociones literarias. Los dos —me parece— contribuyeron a formar una o dos generaciones en el Pedagógico, orientadas, particularmente, en el caso mío, hacia la interpretación literaria, con un factor social y, por otra parte, con una conciencia de lo que iba a producir, de los cambios que se estaban produciendo en la literatura hispanoamericana. Recuerdo que la biblioteca del Pedagógico se enriqueció con la literatura hispanoamericana que recibían tanto Latorre como Latcham, y que regalaban a nuestro Instituto Pedagógico. Después, yo salí de Chile alrededor de 1940 y, en los Estados Unidos, estudié con algunos de los grandes hispanistas norteamericanos, entre los que recuerdo principalmente a tres: Rudolph Schevil, el gran cervantista; a S. G. Morley, el estudioso del romancero español, y, en tercer lugar, a un gran crítico norteamericano que no estudió la lengua española, sino que es uno de los grandes críticos de la literatura norteamericana, un gran experto, tal vez el experto número uno en Walt Whitman. Tuve la suerte de conocer, de estudiar con él en **Bowling Green State University** en Ohio, me refiero a G. Wilson Allen. Allen tuvo una influencia decisiva en mí. Fue el primer año que pasaba yo en los Estados Unidos. Producto de los estudios de crítica literaria hechos con Allen fue mi libro sobre Walt Whitman en Hispanoamérica.

Para mí, lo característico de la influencia literaria que recibí en la Universidad de California, en Berkeley, fue someterme a una disciplina de la investigación literaria: la investigación literaria concebida y realizada al estilo clásico alemán universitario, que era el método empleado en la Universidad de Harvard —hasta cierto punto, hasta el día de hoy— y en la Universidad de California bajo la tutela de Schevil y de Morley. Quiero con esto decir que al salir de una universidad donde el estudio de la crítica literaria era para mí un ejercicio de simpatías literarias, llegué a otra donde el estudio de la literatura era una disciplina estricta, de base científica, que, para ser abordado, obligaba a aprender, como tuve que hacerlo, el alemán, fuera de otros idiomas como el francés, el italiano, el portugués, además del español.

—¿Es éste el carácter mismo de tu crítica literaria o se trata de una disciplina por la que tú tomaste tu propio camino?

—Creo que de las dos cosas salió un camino, una orientación: el primer trabajo que hice en la Universidad de California fue un estudio sobre la poesía chilena, mi tesis doctoral. De manera que, de afición llegó a convertirse en método de trabajo, en una orientación fundamental que he mantenido, según creo, a través de lo que he hecho en crítica literaria.

Y desde el punto de vista de la lectura —es decir, de los críticos que he leído, o mejor, los que he leído con mayor provecho— es la primera vez que me planteo esta pregunta:

¿En quién he aprendido la crítica literaria leyendo? Creo no tener conciencia clara de haber estado absorbiendo un método de crítica literaria. Pero, fundamentalmente tienen que haber tenido gran influencia en mí algunos de los grandes críticos europeos en quienes estudié literatura italiana, francesa, alemana, inglesa. Estudié a Croce, muy cuidadosamente, y saqué un título en francés, también en los Estados Unidos. De modo que, debo de haberme identificado en algún momento con algunos de los grandes críticos que representan tendencias literarias de la literatura francesa. En cuanto a la literatura española, creo haber buscado siempre en ella al escritor que no se cataloga —o categoriza, si pudiera decirse así— en un casillero particular. Me gusta Ortega y Gasset cuando habla de libros, no siendo crítico literario; me gusta Unamuno, cuando escribe sobre libros y autores, sin ser tampoco crítico literario; me gusta Azorín, desde ese mismo punto de vista. En cambio, los críticos profesionales de la literatura española no me entusiasman, no me mueven hacia la obra literaria.

Prefiero entonces, para volver a lo mismo que dije al principio de esta entrevista, al individuo que está viviendo la literatura; que está recreando la obra literaria con el artista, con el autor, y definiéndose a sí mismo, a través de la crítica literaria. De modo que, si pudiera uno hablar de maestros, éstos podrían ser. En mi caso, creo, además, que ha tenido importancia fundamental la lectura de los mismos escritores que han analizado su obra, en diarios literarios, recuerdos o memorias. Por ejemplo, la lectura de Dostoiewski en relación personal con su obra, fue fundamental, como lo fue el libro de André Gide sobre Dostoiewski, en forma de análisis literario y análisis psicológico de la personalidad de un escritor. Asimismo, los diarios literarios de André Gide tuvieron para mí gran importancia; los recuerdos, las memorias y los análisis literarios de sus propias obras, de carácter un poco primitivo, de Gorki, **Mis universidades**, libros que leí con mucho interés y no se me han olvidado jamás. Más tarde, todo lo que ha sido análisis de carácter personal. Las cartas de Kafka, por ejemplo. Y a su lado —mucho más pintorescas, tal vez un poco más superficiales, pero muy interesantes— las notas y los diarios de Somerset Maugham; en fin, todo lo que sea confesión literaria y análisis sobre el punto de vista del propio escritor, me interesa enormemente. Desde el punto de vista chileno, recuerdo con gran simpatía haber leído con mucho interés y no haber olvidado nunca las confesiones de Santiván. Sus memorias, **Memorias de un tolstoyano**, me parecen de gran utilidad para el estudioso de literatura.

En cuanto a alguna experiencia interesante en relación con la crítica literaria, creo que lo más curioso que me ha pasado en mi vida, tiene que ver con un estudio sobre la obra de Thomas Mann. Escribí un ensayo que se llama —en realidad, son cinco— **Ensayo sobre cinco temas de Thomas Mann**. Creo que no lo conoce nadie o, al menos, lo conocen muy pocas personas en Chile, porque se publicó en El Salvador. Fue un estudio que hice en Ohio con el maestro de la crítica literaria que me enseñaba en esos momentos, el profesor Allen, que es hoy profesor de literatura norteamericana en la Universidad de Nueva York. Entonces hice mi análisis de Thomas Mann basado principalmente en "**La Montaña Mágica**" (Der Zauberberg). El análisis que hago de los temas están tomados allí, pero, claro, podría haber seguido analizando después los mismos temas u otras obras de Thomas Mann. Un método que me parece —digo parece, porque no conozco bien la obra— siguió el grupo del Instituto de Literatura Comparada de la Universidad de Chile, con respecto a la obra de Mann. Pero lo que quiero recordar es que yo, con este librito en la mano —en aquella época yo era un hombre

muy joven, debo haber tenido 21, 22 ó 23 años—, llegó Thomas Mann a la Universidad de California en Berkeley y dio una conferencia sobre Goethe. Eran años muy difíciles, los años de la guerra, de manera que para Thomas Mann, cada conferencia, es decir, cada vez que aparecía en público era un vía crucis, se le juzgaba desde un punto de vista político. Lo que estaba diciendo Thomas Mann se reflejaba en la situación política de esos momentos, en la época en que la Alemania nazi de Hitler iba a galope tendido por Europa dominando al mundo. Y Thomas Mann escogía precisamente la figura del mensaje de Goethe para aparecer ante el público norteamericano, porque, al hacerlo así, sin hablar de política, daba una lección de humanismo y, al mismo tiempo, se identificaba él mismo con la posición rebelde de Goethe. Yo lo oí en la Universidad de California, pero me pareció un hombre tan importante, que le mandé mi libro por correo; no lo fui a ver. Al poco tiempo, desde su casa en **Pacific Palisades**, me escribió una carta muy larga, muy bonita e interesante, que guardo porque no sólo es un autógrafo, sino que es una carta en que analiza su propia obra. Se refiere en ella a mi punto de vista crítico y dice que se ha sorprendido mucho de que un escritor joven hispanoamericano se interese tanto por su obra, y, además —dice—. se interese por un libro de su juventud. Luego hace un largo análisis, muy interesante, muy curioso, de su propia novela en esa carta autógrafa, que guardo. En mi vida he conocido a muchos autores famosos. He tenido oportunidad de compartir con ellos, de conversar con ellos; con algunos íntimamente. Hombres que han figurado, con mucha fama, en la literatura moderna. También he tenido la oportunidad de convivir con escritores hispanoamericanos de gran fama. Los he conocido a casi todos: tres o cuatro últimas generaciones. Pero recuerdo a Thomas Mann así como a Gabriela Mistral —recuerdos que dejaron una gran huella— no tanto por el contacto en el plano literario, sino por ese otro, sin palabras, mediante el cual establece uno una especie de corriente sin palabras con una persona, y se da cuenta de que hay un mundo, el mundo interior, muy importante, muy fecundo, que no se traduce literalmente, pero que uno puede sentir. Esa sensación de una realidad interior muy rica, muy luminosa y profunda, la tuve con Gabriela Mistral y Thomas Mann. Creo que desde el punto de vista del estudio de la literatura, es una de las experiencias más interesantes que puedo contar.

—Tú tenías aproximadamente la misma edad de Hans Castorp. ¿Te identificabas en algún sentido con él?

—Claro, es un proceso de identificación lo que me llevó a estudiar "**La Montaña Mágica**"; porque me empapé de su lectura, del problema de Castorp y de su primo Joachim y del duelo ideológico entre el humanista Settembrini —un humanista un poco circense, si pudiera decirse— y el jesuita Naphta, y la experiencia vital de los dos jóvenes a quienes la vida, la sociedad, les sucede como una especie de accidente. Fue una gran conmoción en mi vida de aquella época. Tanto es así, que escribí una pequeña obra teatral, todavía inédita, pero que fue representada en el Pedagógico: **Diálogo de rara intención**, que interpretaron Pedro de la Barra y Mireya Latorre antes de que empezara el Teatro Experimental. El tema era ése, el de la enfermedad. Su acción transcurre en un sanatorio de Santiago y —digamos— como una especie de elaboración de los temas de Thomas Mann en "**La Montaña Mágica**". Además, he vuelto después a eso. Tengo un ensayo que se llama "**Der Zauberberg en la literatura hispanoamericana**", en que analizo el tema de "**La Montaña Mágica**" como tema literario. Por eso me refiero, por ejemplo, a "**El mundo es ancho y ajeno**" de **Ciro Alegría**, "**Los pere-**

grinos inmóviles" de López y Fuentes y muchas otras obras en que la montaña aparece como un personaje que quiere abrir la llave de experiencias secretas del artista y del escritor.

JULIO MONCADA FERNANDEZ (* Santiago, 12 de abril de 1919).

"PEDRO SUR", seudónimo utilizado en "El Siglo", 1943-1948.

Ante la imposibilidad de verle, respondo a su cuestionario, significándole, eso sí, que yo no he ejercido la crítica como una disciplina regular de trabajo. Más bien, calificaría mis ocasionales comentarios como una consecuencia del ejercicio de la literatura, trabajo éste, sí, en el cual me encuentro desde hace más de treinta años.

Estudios meramente primarios. Ejercí la docencia como profesor de Literatura Americana Comparada en los Institutos Normales de Montevideo, en el año 1949.

Mis trabajos de crítica han sido específicamente conferencias dictadas en diversas Universidades, centros de estudio y culturales de: Lima, Perú; La Paz, Bolivia; SADE, Buenos Aires, Argentina; Universidad de La Plata, Argentina; Ateneo de Montevideo, Uruguay; ICAIC, La Habana, Cuba; Amigos del Arte, Montevideo, Uruguay, etc. Podría individualizar: "Notas para un estudio de la literatura chilena", dada en algunos de los sitios mencionados; "Tres poetas chilenos", idem; "Hacia una literatura de vanguardia", idem, etc. Concretamente, en periódicos: "Antología de Poesía Chilena"; semanario "Marcha" de Montevideo, Uruguay; "Caracterología del Chileno", suplemento del diario "El Día", Montevideo, Uruguay; y otros muchos, debido a que mi profesión es el periodismo. En Chile, durante el período 1963-1965, dirigiendo la revista "Vistazo", publiqué artículos de orientación literaria y estética.

Considero que la crítica debe llenar como función específica la orientación del lector, la educación del lector en el terreno de la creación literaria y, al mismo tiempo, la depuración esclarecedora para el autor. Lo malo de la crítica es que, precisamente, como en mi caso, generalmente es ejercida por literatos que la usan como una forma de creación más sin el necesario rigor. Nunca he escrito sobre este tema.

Ya expresé que no se puede llamar crítica a mi ejercicio del comentario literario. Son, a lo sumo, intentos de acercar la creación estética al plano del hombre común.

Muchos son los autores en quienes reconozco influencia: Domingo Melfi, Ricardo A. Latcham, Mario Osses, Roger Garaudy, Ezequiel Martínez Estrada, Alfonso Reyes.

La experiencia más interesante de mi vida es el ejercicio libre de la literatura, sin ataduras impuestas por el rigor de la vida, escribiendo lo que ella misma nos da, a través de una sensibilidad afinada y una ética rígida en cuanto a desechar temas que, en lugar de ayudar al ser humano, contribuyen a su desquiciamiento.

He vivido largos años en Uruguay, específicamente en Montevideo. Catorce, más o menos. Durante este decurso he viajado a Méjico, Cuba, Europa. Anteriormente estuve en Perú, Bolivia, Panamá, Argentina.

Siempre he sido periodista. Me inicié en la profesión a los 17 años. Sigo siéndolo en la actualidad, en televisión y prensa uruguaya y chilena.

Como dato complementario, creo oportuno expresar que la transhumancia de mi vida, no ha conspirado con el ejercicio literario y sí, en un plano de orden material, con la regularidad de la aparición de trabajos.

HERNAN POBLETE VARAS (* Valparaíso, 1º de agosto de 1919).

Estudios solamente secundarios en los Colegios de los RR. PP. Franceses de Viña

OBRAS: *Antología Poética de Oscar Castro*, Editorial del Pacífico, tres ediciones (1952, 1955 y 1956), esta última corregida y aumentada; *Misión en el Pacífico*, Editorial del Pacífico, 1956; *El Cuento en Chile*, ensayo, Journal of Interamerican Studies, Florida, USA, 1962; *Rosenthal*, cuentos, Editorial del Pacífico, 1965.

En prensa: *Genio y figura de Blest Gana*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA); *Cuentos de Cabecera*, antología-encuesta de cuentistas chilenos, Zig-Zag, Santiago.

IDEA DE LA CRITICA: Me parece que la labor del crítico debe constituir una forma de contacto entre el escritor y el público, cumpliendo una función de orientación hacia este último. Me refiero, por cierto, a la crítica que se ejerce en diarios y revistas. Hay, aparte, la crítica llamada "erudita", pero ese es otro cantar.

- La que yo he ejercido responde a ese propósito: un lector más avezado informa al lector corriente sobre los libros de actualidad. Esto no excluye, por cierto, el rigor estético y la seriedad de fondo.

MAESTROS: Todos descendemos, espiritualmente, de una multitud. Difícil destacar a unos pocos.

EXPERIENCIAS: El ejercicio de la crítica me ha llevado a comprobar, en la práctica, que no es real esa enemistad que se supone existir entre críticos y escritores creadores. Por el contrario, he hecho mis mejores amigos entre autores cuyos libros he comentado, y a veces no muy favorablemente. La sinceridad, la derecho de intenciones no puede crear odios ni antipatías. El capricho, el mal espíritu, sí.

VIAJES: En 1955, a bordo del buque-escuela "Esmeralda", de la Armada de Chile, viajé por los mares del sur, Japón y Estados Unidos. Visité: Isla de Pascua, Tahití, Samoa Occidental, Guam, Yokohama, Tokio, Kamakura, Nikko, Hawai, San Francisco y Los Angeles.

En 1962: Becado por la Alianza para el Progreso: viaje de estudios sobre educación rural por medio de la radio, a Colombia, Venezuela y Brasil.

En 1963, regresé a Colombia para asistir a un Congreso Latinoamericano de Escuelas Radiofónicas.

OCUPACION ACTUAL: Jefe de Difusión de la Consejería Nacional de Promoción Popular.

VICTOR M. VALENZUELA (* Chillán, 23 de octubre de 1919).

ESTUDIOS: En Chillán, Roma y los Estados Unidos.

Títulos universitarios: BA, MA, PhD (Columbia University, New York).

OBRAS PRINCIPALES: *"Hombres y temas de Iberoamérica"*, Nueva York, Las Américas Publishing Co., 1959; *"Cuatro escritores chilenos"*, Nueva York, Las Américas Publishing Co., 1961; *"Latin America: Notes and Essays"*, Nueva York, Las Américas Publishing Co., 1965; (co-autor) *"Exporting to Latin America"*, Washington D. C., Small Business Administration, 1963.

En esencia mis ideas sobre la crítica literaria en general son éstas: Creo que el papel del crítico debe ser el comprender, sentir e interpretar. En mi opinión, la mente del crítico debe estar siempre abierta a lo nuevo, es decir, debe ser audaz. El crítico debe, por lo tanto, descubrir y distinguir lo que es de valor, y por ende, lo permanente y original en la obra analizada.

Pero el crítico no debe, según mi opinión, ser totalmente imparcial. Primero, porque es imposible, y segundo porque él mismo es, quiéralo o no, parte del medio ambiente en que vive y del conflicto universal. Y como ya lo dijo alguien: "En la literatura como en la vida somos siempre, en todo pleito, juez y parte". Según mi criterio, el crítico debe juzgar desde una actitud estética y luego comunicar conscientemente, y desde luego con responsabilidad, sus opiniones a los demás, tanto de lo tradicional como de lo nuevo.

La crítica que he ejercido ha sido esencialmente de valorización e interpretación. A través de la interpretación he podido dar unidad, aclarar lo que a primera vista aparece oscuro y sin relación. Cito como ejemplos mi ensayo *"Time and Progress in the two Americas"* y *"The Occidental man as seen through the contemporary novel"*.

En el primero, mi propósito fue el de examinar los conceptos de Tiempo y Progreso y cómo ellos afectan en forma diferente la vida diaria, el modo de ser de los hombres de Estados Unidos y de Hispanoamérica.

En el segundo ensayo mi deseo fue, después de examinar varias novelas importantes de Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, el de poner en claro la angustia, la soledad, la falta de identificación, en que viven los habitantes de París, Londres, Nueva York, Chicago, Santiago, Méjico, debido al impacto e influencia de la tecnología. En otras palabras, a través de estas novelas, es obvio que los problemas que afectan hoy al hombre de diferentes culturas son los mismos.

Otro aspecto de mi crítica literaria está relacionado con mi residencia en este país y mi responsabilidad académica como intérprete de la cultura hispanoamericana.

MAESTROS CUYO INFLUJO RECONOZCO: don Federico de Onís, ex jefe del De-

partamento de Estudios Hispánicos de Columbia University, y don Tomás Navarro Tomás, ex catedrático de Filología en la misma Universidad.

HE VIAJADO por casi todos los países de Hispanoamérica y el Canadá. Viví un año en Norte-Africa, cinco en Italia, un año en Suiza. Desde 1949 estoy establecido en los Estados Unidos.

OCUPACION ACTUAL: Catedrático de Literatura Española e Hispanoamericana en Lehigh University, Bethlehem, Pennsylvania.

Será publicado en Chile, a comienzos de 1967, mi libro **"Ensayos sobre Literatura Española"**. Esta obra contiene, entre otros, los siguientes ensayos: **"El concepto de la Muerte en la Literatura Española"** y **"Comentarios críticos sobre la novela ANGEL GUERRA"**, de Benito Pérez Galdós.

En 1967 será publicada, en Nueva York, mi obra en inglés **"Chilean Society as seen through the novelistic world of Alberto Blest Gana"**. En este libro examino e interpreto todas las novelas del padre de la novela chilena, y cómo a través de ellas este autor describe con gran exactitud y veracidad la evolución de la vida y la sociedad chilena entre los años 1818 hasta 1910, más o menos.

JULIO ORLANDI ARAYA (* Valparaíso, 20 de noviembre de 1919).

ESTUDIOS: Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile: Castellano, Lenguas Clásicas y Filosofía. Hago clases continuamente desde 1938. Me inicié en Iquique.

OBRAS: **"Valparaíso a través de la literatura"**, ensayo sobre la literatura chilena, publicado en las prensas de la Universidad de Chile en 1946.

En colaboración con el profesor de castellano Alejandro Ramírez Cid, he publicado una serie de cuatro monografías sobre Premios Nacionales de Literatura: **"Augusto D'Halmar"**, Editorial del Pacífico, 1958; **"Joaquín Edwards Bello"**, Editorial del Pacífico, 1959; **"Mariano Latorre"**, Editorial del Pacífico, 1959; y **"Eduardo Barrios"**, Editorial del Pacífico, 1960.

En colaboración con el profesor de castellano Hugo Montes, he publicado una **Historia y Antología de la Literatura Chilena** (primera edición en 1955 y séptima en 1966), en Editorial del Pacífico, y una serie de ocho **textos de lectura** desde segunda preparatoria hasta tercer año de humanidades. Todos ellos en Editorial del Pacífico e ilustrados por Vittorio di Girolamo.

En 1963, en Editorial del Pacífico, publiqué una **Literatura Hispanoamericana**, cuya tercera edición acaba de aparecer.

En la revista "Atenea" Nº 389, julio-septiembre de 1960, escribí un artículo titulado **Trayectoria de Joaquín Edwards Bello**.

RESPECTO DE LA IDEA QUE TENGO DE LA CRITICA, he de señalar que entiendo

esta disciplina como una valoración de creaciones artísticas realizada con un criterio determinado. Reconozco que este criterio es variadísimo y que tan valioso puede ser un comentario expresado con llaneza como otro plagado de tecnicismos o tecnerías como alguien afirma. Personalmente me adscribo a la escuela que considera trascendentes las obras que elevan a un plano estético las realidades auténticas. Me agrada observar la pericia con que los escritores cogen el enfrentamiento del hombre con su medio, con otros hombres y consigo mismo. Me disgusta que en una época tan necesitada de orientaciones de toda índole, como es la actual, haya escritores que se solazan en un esteticismo intrascendente y egoísta.

La labor que he realizado es eminentemente histórica. Apegado al método generacional orteguiano, me limito a observar las peculiaridades con que cada escritor se acomoda a los supuestos vigentes en su generación. Prefiero, eso sí, los continentes originales y los contenidos socialmente útiles.

Mis primeros tanteos los hice imitando el sistema revisionista del profesor Ricardo Latcham; luego me interesé por las teorías y métodos de Alfonso Reyes. He seguido de cerca la obra de Fernando Alegría, Alone, Raúl Silva Castro, Cedomil Goic y de Enrique Anderson Imbert.

HE VISITADO Perú, Bolivia, Argentina y Uruguay.

OCUPACION: Actualmente tengo a mi cargo el Departamento de Castellano en el Saint George's College y en la Escuela de Aviación; sirvo esta misma asignatura en el Liceo Alemán. En la Universidad Católica soy jefe del Departamento de Filología Clásica y desempeño la cátedra de Hispanoamericana. En el Pedagógico de la Universidad de Chile tengo la cátedra de Latín en la asignatura de Inglés.

MIGUEL ANGEL DIAZ AGUILERA (* Chillán, 25 de marzo de 1924).

ESTUDIOS: Profesor de Castellano, Universidad de Chile. Memoria de prueba: "Salvador Sanfuentes Torres y la generación romántica chilena".

OBRAS:

1.—"Premios Nacionales de Literatura", talleres gráficos de los Ferrocarriles del Estado, como separata especial de la revista "En Viaje", primera edición 1963, segunda edición 1965;

2.—"Premios Nóbel de Literatura". Actualmente publicándose en cuadernillos especialmente adjuntos a la revista "En Viaje", desde el mes de mayo de 1966; y

3.—He publicado, además, en diarios "La Nación", "La Hora", "El Diario Ilustrado", "La Discusión" de Chillán, decenas de trabajos literarios, destacando los siguientes: 1) Vida y obra de Mariano Latorre; 2) Vida y obra de Joaquín Edwards Bello; 3) Vida y obra de Hernán Díaz Arrieta (Alone); 4) Vida y obra de Francisco Coloane; 5) Vida y obra de Francisco Antonio Encina; 6) Vida y obra de Max Jara; 7) Vida y obra de Pablo de Rokha; 8) Vida y obra de Andrés Bello; 9) Juan Ramón Jiménez, Poeta de

la Emoción; 10) Thomas S. Eliot, poeta metafísico; 11) William Faulkner, rebelde solitario; 12) Mikail Sholokhov, novelista del realismo épico, etc.

—¿QUE IDEA TIENE USTED DE LA CRITICA?

—La crítica en Chile se reduce a la escasa producción (en cantidad, por lo menos, ya que no al tiempo) de lo que ha hecho Hernán Díaz Arrieta, una vez fallecido Ricardo Latcham y Manuel Vega. "Alone", ya sabemos, practica este arte en forma impresionista y acartonadamente francesa, cerrándose a toda forma innovadora en la materia. En general, falta entre nosotros una crítica de orden científico como la que hacía Latcham, de tipo racional, permitiendo el descubrimiento de nuevos valores y a la vez orientando al público lector, cada vez más desamparado en esta interesante como difícil labor de exégesis del pensamiento. Podríamos mencionar, entre los modernos representantes de este género literario a Luis Sánchez Latorre (Filebo), quizás si la pluma más autorizada y sagaz que, hoy por hoy, tiene nuestra atrasada literatura nacional.

—¿COMO CALIFICARIA O DETERMINARIA LA QUE USTED HA EJERCIDO?

—Creo que la mayoría de mis trabajos literarios poseen en grado mínimo; si se quiere, cierta propensión a hacer crítica sistematizada, de tipo magisterial, más que nada para los círculos docentes del país.

INFLUJO: Entre los chilenos, mis maestros en la Universidad, Ricardo Latcham y Mariano Latorre, y como extranjeros el uruguayo Emir Rodríguez Monegal y el argentino Anderson Imbert.

¿PODRIA CITAR ALGUNA EXPERIENCIA INTERESANTE? En clase de castellano con Mariano Latorre se nos pidió redactar un trabajo acerca del "roto" chileno, comparándolo con el resto de los personajes típicos de otros países, y al entregar lo pedido a don Mariano, éste, luego de analizarlos brevemente, me llamó aparte, diciéndome: "Tenga confianza en su profesor. ¿A quién le copió este trabajo? Creo sinceramente que ni el más pintado de nuestros ensayistas pudo haber hecho algo mejor.... Señor Díaz, tiene un siete". El trabajo fue comentado en clase como modelo de crítica literaria.

PAISES Y LUGARES DONDE HA PERMANECIDO: En 1952, hicimos un viaje por tres meses, como alumnos egresados de Castellano, por Perú, Ecuador y Colombia, dictando charlas y conferencias debidamente preparadas para tales ocasiones.

OCUPACION ACTUAL: Profesor de Castellano en la Escuela de Aviación y Liceo de Hombres de San Bernardo. Además, sirvo la presidencia del Ateneo de San Bernardo, por tercer año consecutivo; secretario del Rotary Club de San Bernardo, etc.

MARGARITA AGUIRRE (* 30 de diciembre de 1924).

¿QUE IDEA TIENE USTED DE LA CRITICA?

Que ayuda esencialmente al escritor, al novelista en mi caso, situándolo entre sus contemporáneos, haciéndole ver cosas que para el escritor pueden haber pasado des-

apercibidas, señalando errores; todo esto en el supuesto de que la crítica sea correctamente ejercida. Personalmente estoy reconocida a muchos críticos, que me han hecho ver desde su punto de vista —lúcido y sereno— matices que no había advertido.

¿HA ESCRITO ANTES SOBRE ESTE PUNTO?

No. No he ejercido nunca la crítica, fuera de mi libro sobre Neruda.

MAESTROS CUYO INFLUJO RECONOZCA.

Katherine Mansfield, Albert Camus, Kafka, Blest Gana, María Luisa Bombal y Pablo

HUGO MONTES BRUNET (* Santiago, 29 de abril de 1926).

ESTUDIOS: Primaria y Secundaria en el Liceo Alemán de Santiago (1933-1942). Derecho en la Universidad Católica de Santiago y título de abogado en 1950; Pedagogía en la Universidad de Chile y título de profesor de Castellano en 1953; Filosofía Románica en Friburgo, Alemania, y grado de Doctor en 1961. Profesor secundario en el Liceo Alemán y otros establecimientos y docencia universitaria en la Universidad Austral, en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad Católica de Valparaíso.

OBRAS:

1º) Poesía: **Plenitud del límite**, Nuevo Extremo, Santiago, 1958; **Delgada lumbre**, Universitaria, Santiago, 1959; **Alto Sosiego**, Instituto de Cultura Hispánica, Valparaíso, 1964.

2º) Ensayo: **Ideario Político de Baltazar Gracián**, Biblioteca Jurídica de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1949; **Poesía actual de Chile y España**, Sayma, Barcelona, 1963.

3º) Antología y Textos de Estudios: **Antología de medio siglo**, Pacífico, Santiago, 1956; **Libros de Lectura** (colección completa, en colaboración con Julio Orlandi), Pacífico, 1964-1965; **Historia y Antología de la Literatura Chilena** (en colaboración con Julio Orlandi), Pacífico, Santiago, 7ª edición 1966; **Literatura Española** (colección completa para 2º ciclo de humanidades), Pacífico, Santiago, 1956-1959.

Colaboración en diversas revistas como **Estudios**, **Finis Terrae**, **Anales de la Universidad de Chile**, **Humboldt**, **Cuadernos Hispanoamericanos** y otras.

No he escrito jamás sobre la crítica. Creo que ella debe ser lo más objetiva posible, es decir, basada en el texto que se critica, cuyos valores estéticos, éticos y propiamente intelectuales deben ser justamente valorados y destacados. La obra literaria es muy compleja para que pueda ser agotada exclusivamente a través de un método determinado.

Creo haber realizado algunos trabajos en relación con lo antes dicho, mediante el empleo principal del método comparativo.

HAN INFLUIDO especialmente en mí, en estas materias, Vicente Huidobro y Hugo Friedrich.

VIAJES: España (1948-1949), Alemania (1956-1958, 60, 61), Brasil (1952), Cuba (1954).

ACTUALMENTE: Profesor y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad Católica de Valparaíso. Profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Santiago .

Miembro de la Academia Chilena de la Lengua desde 1965.

SANTIAGO QUER ANTICH (* Santiago, 16 de abril de 1927).

SEUDONIMO: He usado varios en mis colaboraciones periodísticas, principalmente en Los Angeles. El más común ha sido CIDE HAMETE BENENGELI.

Estudios de preparatorias y humanidades en el Liceo de San Agustín (1936-1947).

Estudios universitarios en Pedagogía (1948-1952) y de Leyes (1948-1951) en la Universidad Católica de Chile. Egresé sólo de Pedagogía; los de Leyes, los abandoné por falta de vocación jurídica.

Título universitario de Profesor de Castellano, otorgado por la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Chile, en agosto de 1963.

Docencia como Profesor de Castellano y Literatura en: Colegio San Agustín de Melipilla (1953-1956); Colegio Carlos Casanueva (1955-1958, 1960-1961); Colegio Notre Dame (1958-1960); Colegio de San Agustín de Santiago (1961); Colegio del Niño Jesús, de Los Angeles (1962-1965); Escuela Normal Rural Experimental de Los Angeles (1962-1965).

Docencia Universitaria:

—Profesor Ayudante de Literatura Medieval Española, en la Escuela de Pedagogía de la Universidad Católica de Chile (1955-1960). Catedrático: Sr. Livacic.

—Profesor Ayudante de Literatura Chilena, en la misma Escuela (1961). Catedrático: P. Alfonso M. Escudero.

—Profesor de Castellano para Extranjeros, en la Escuela de Verano de la Universidad Católica de Chile, en varias oportunidades.

—Profesor de Gramática Castellana, en los Cursos de Preparación de Profesores Primarios para 7º año, organizados por la Universidad Católica de Chile en convenio con el Ministerio de Educación Pública.

—Profesor de Literatura Chilena (aspectos: La nostalgia de la tierra en la Literatura Chilena, en la Escuela de Verano de la Universidad Católica de Chile (1963); y La Literatura Colonial, en el Instituto Chileno de Cultura Hispánica (1956).

—Profesor Ayudante de Literatura Clásica Grecolatina, en la Escuela de Pedagogía de Universidad Católica de Chile (1954). Catedrático: Sr. Scarpa.

—Profesor de Literatura Medieval y de Sociología, en la Escuela Normal Rural Experimental, Los Angeles (1962-1964, 1966).

Cargos administrativos en la docencia:

—Vicerrector del Instituto Carlos Casanueva (1957-1958, 1960-1961).

—Prefecto de Estudios del Colegio Notre Dame (1959).

—Subdirector de la Escuela Normal Rural Experimental, de Los Angeles (desde 1962).

Principales estudios, publicados sólo en periódicos:

He escrito mucho para los diarios temas de carácter literario, principalmente para "El Diario Ilustrado" de Santiago y "La Tribuna" de Los Angeles. Han sido, en la generalidad, críticas literarias. Estudios de cierto mérito: sólo considero uno sobre los escritores hispanoamericanos que residieron en Chile y muestran influencias de Chile en sus escritos, publicado en la revista "Estudios", en 1950; y un estudio sobre "Casa Grande", de Orrego Luco, publicado por la revista "Finis Terrae". En estas revistas se encuentran dispersas varias críticas literarias mías.

Creo que la crítica literaria debe estudiar en forma acuciosa y constructiva la obra de un escritor determinado, tratar de descubrir las posibles fuentes de su inspiración literaria, sin desvivirse demasiado por ello, porque toda obra literaria, buena o mala, es creación personal, que significa asimilación, buena o mala, de fuentes de influencia. Por otra parte, la crítica literaria, tal como yo la concibo, no puede desvincularse del contexto histórico y biográfico de la obra y autor que se están estudiando, pues siempre se dará, a mi juicio, una visión parcial de la obra y del escritor. Este andamiaje hasta cierto punto erudito sobre el cual debe construirse la crítica literaria, no significa que quede de lado la sensibilidad personal o impresión, con la cual debe examinarse la obra, pero esa sensibilidad debe estar asentada en ciertos criterios estéticos científicos. La crítica circunstancial y de compromiso no tiene valor y es mejor no hacerla.

En ninguna parte he expresado estas ideas, que necesitan un mayor desarrollo y una más cuidadosa consideración, pero parte minúscula de ellas hay en una crítica que hice al libro de Dyson, sobre el tema en Chile, que mandé a "Finis Terrae" y que ignoro si se publicará.

¿COMO CALIFICARIA O DETERMINARIA LA QUE USTED HA EJERCIDO?

Minuciosa y constructiva, tratando de comprender siempre al autor en su fuero íntimo. Esta crítica literaria que he ejercido, se encuentra, casi en su totalidad, inédita, por lo extensa; no se presta para el periódico. Ejemplo de cómo la considero y ejercicio podría ser el estudio ya mencionado que hice sobre "Casa Grande", de Orrego Luco, o la crítica que hice al "Modernismo y Generación del 98", en la revista "Estudios", pienso que por allá por 1956 o 57. En cuanto a la minuciosidad de la crítica, al adentrarse en el contexto histórico-biográfico de época y autor, reconozco el influjo del P. Alfonso M. Escudero, que fue mi profesor en la Universidad y en el Liceo.

En cuanto a la sensibilidad con que debe abordarse una obra, guiándose por criterios estéticos científicos, reconozco el influjo de Dámaso Alonso, a quien admiro.

Admiro enormemente y a veces por escrito u oralmente, en la docencia, los he imitado, a don Ramón Menéndez Pidal, por la profundidad de sus investigaciones, nunca despojadas de emoción y ágiles de estilo; y a Azorín, por la agilidad y encanto para reconstruir el ámbito que rodea al escritor y su obra, como igualmente su concisión. Por el aparato erudito impresionante que despliega, me han impresionado las obras que he leído de Allison Peers, el hispanista británico.

VIAJES: a Argentina (Buenos Aires) en 1944, en una delegación del Liceo de San Agustín. Méjico, en 1964.

OCUPACION ACTUAL: Subdirector de la Escuela Normal Rural Experimental, de Los Angeles, y profesor de Sociología de la misma.

FERNANDO LAMBERG CARCOVICH (* 7 de junio de 1928).

Profesor de Estado en la asignatura de Castellano (Universidad de Chile, 1952).

Profesor de Castellano en el Instituto Nacional; de Filosofía en el Colegio Alemán; de Técnica de la Expresión, Literatura Social y Literatura Española en la Universidad Técnica del Estado.

OBRAS PUBLICADAS: "Testimonio", Ediciones Surcos, 1954; "Naturaleza artificial", Ediciones Surcos, 1954; "El universo engañoso", Ediciones Alerce, 1954; "Poemas australes", Ediciones del Litoral, 1965; "Vida y obra de Pablo de Rokha", Editorial Zig-Zag, 1966.

Artículos de crítica en el diario "El Siglo", 1964. He ejercido la crítica literaria en forma ininterrumpida a través de tres años en la Radio Universidad Técnica del Estado, en el programa radial "Los Libros Hablan", cuya audición N° 147 se transmitió el 1° de octubre del presente año (días sábados a las cinco de la tarde). Considero que la crítica literaria es de fundamental importancia para el desarrollo y la difusión de los otros géneros.

Debe distinguirse, eso sí, entre el comentario apresurado de los periódicos, que deben interesar al mayor número posible de potenciales lectores, y los estudios que se realizan con mayor profundidad en las revistas especializadas. O en los volúmenes en que se recopilan artículos diversos o se trata temas de preciso objetivo.

Considero que la crítica en los periódicos puede alcanzar, junto con la sencillez y la amenidad, una síntesis que permita captar las virtudes esenciales de la obra. A este respecto, la crítica francesa es un ejemplo de lucidez, concisión y buen gusto.

El análisis excesivo de los textos a veces los destruye, especialmente cuando se aplica una fórmula, como ocurre con los empecinados imitadores de Kayser, capaces de analizar un chiste aplicándole su tesis estructuralista.

He intentado en la crítica partir siempre del hecho cierto de que el autor se encuentra sumergido en un mundo real y, por lo tanto, sometido a las corrientes políticas, sociales y económicas de la época. Esto no significa desconocer el talento individual; pero sí oponerse a aquellas interpretaciones que aislan al escritor del ambiente en que le correspondió actuar.

Las diferencias entre el Arcipreste de Hita y Lord Byron no se explican por el hecho de que tuvieran diversos recursos estilísticos. Si debiera dominar el tipo de crítica que realizo, la calificaría de sociológica en lo colectivo y psicológica en lo individual.

Tampoco creo que el crítico deba ser un creador en otro terreno que en el de su examen mismo, ni supongo que un gran novelista será necesariamente un buen crítico de las novelas ajenas.

Personalmente he cultivado diversos géneros; pero no es esa condición imprescindible para captar la obra de los demás.

Creo que el crítico necesita una apreciable dosis de conocimiento literario, objetividad, espíritu sensible y buena voluntad. Pero ya que la literatura no se produce como un hecho aislado, sino que surge como una de las manifestaciones de una totalidad, también el exégeta deberá tener una sólida cultura general.

ERNESTO LIVACIC GAZZANO (* Punta Arenas, 1929).

Ejerció la crítica desde 1949.

He escrito los siguientes libros (indico los datos correspondientes a la primera edición de cada uno, y la más reciente cuando han tenido varias):

"El sentido de la gloria en los renacentistas españoles" (1951), inédito.

"Literatura Chilena. Manual y Antología". En colaboración con Alejo Roa. Editorial Salesiana, Santiago, 1955.

"Historias para Navidad", en colaboración con Alfonso Naranjo. Primera edición, Difusión, Santiago, 1957. Segunda edición, 1957.

"Páginas Amigas", I Año Humanidades. Primera edición, Difusión, Santiago, 1958. Séptima edición, Fondo Editorial Educación Moderna, Santiago, 1966.

"Páginas Amigas", II Año Humanidades. Primera edición, Difusión, Santiago, 1958. Quinta edición, Fondo Editorial Educación Moderna, Santiago, 1965.

"Páginas Amigas", III Año Humanidades. Primera edición, Difusión, Santiago, 1958. Sexta edición, Fondo Editorial Educación Moderna, Santiago, 1965.

"Literatura Española", IV Año Humanidades. Primera edición, Fondo Editorial Educación Moderna, Santiago, 1961. Quinta edición, 1966.

"Literatura Española", V Año Humanidades. Primera edición, Fondo Editorial Educación Moderna, 1962. Quinta edición, 1966.

"Literatura Española", VI Año Humanidades. Primera edición, Fondo Editorial Educación Moderna, Santiago, 1965.

He publicado, además, casi un centenar de artículos de crítica literaria, que se encuentran principalmente en los siguientes diarios y revistas:

a) Diarios: "El Diario Ilustrado", Santiago; "La Prensa", Osorno; "La Prensa Austral", Punta Arenas; "El Sur", Concepción; y

b) Revistas: "Mensaje", Santiago; "El Rotario de Chile", Santiago; "Atenea", Concepción; "Rumbos", Santiago; "Antorcha", Santiago.

He obtenido los siguientes **premios literarios**: "Ramiro de Maeztu", del Instituto Chileno de Cultura Hispánica de Santiago, por mi trabajo **"El sentido de la gloria en los renacentistas españoles"**, 1952; "Centenario de Lope de Vega", del Círculo de Profesionales Hispánicos de Santiago, por mi trabajo **"Modernidad de Lope de Vega"**, 1963.

No he expuesto, por escrito, mis ideas sobre la crítica literaria. Creo, sin embargo, que mis trabajos revelan con bastante claridad una concepción ecléctica de ella, que, en pocas palabras, podría expresar así: La crítica literaria es un proceso de re-creación, que debe tratar de descubrir tanto las ideas y valores que informan el mensaje artístico cuanto las características del ropaje formal en que éste va revestido. Para ello, el crítico debe tratar de reunir armónicamente información biobibliográfica, reflexión, intuición y técnica. Sin esta armonía, no creo que verdaderamente pueda hablarse de "gusto artístico".

Reconozco como mis principales maestros a Eleazar Huerta y Roque Esteban Scarpa.

JAIME CONCHA DIAZ (* Valdivia, 11 de enero de 1939).

Estudios en el Instituto Salesiano de Valdivia y en la Universidad de Concepción. En esta última obtuve el título de Profesor de Castellano y egresé de Filosofía.

ENSAYOS:

1.—"Interpretación de **Residencia en la Tierra** de Pablo Neruda". Mapocho, 2, julio de 1963, pp. 5-39.

2.—"El descubrimiento del pueblo en la poesía de Neruda". Aurora, 3-4, julio-diciembre de 1964, pp. 126-138.

3.—"Proyección de **Crepusculario**". Atenea, 408, abril-junio de 1965, pp. 188-210.

4.—"**Altazor** de Vicente Huidobro". Anales de la U. de Chile, 133, enero-marzo de 1965, pp. 113-136.

5.—“Eduardo Mallea en su fase inicial”. Anales de la U. de Chile, 135, julio-septiembre de 1965, pp. 71-107.

6.—“Observaciones acerca de **La Araucana**”. Estudios Filológicos, 1 (homenaje a Eleazar Huerta), Facultad de Filosofía y Letras, Univ. Austral de Chile, pp. 63-79.

7.—“El tema del alma en la poesía de Rubén Darío”. Diez estudios sobre Rubén Darío, Zig-Zag, por Juan Loveluck. (Aparecerá a fines de año).

RESEÑAS:

En Mapocho, Atenea y Anales de la U. de Chile.

He escrito en los siguientes diarios: “El Correo de Valdivia”; “La Patria”, de Concepción; y “El Siglo”. También en la revista de la Municipalidad de Valdivia, “Cauce”.

No he escrito sobre el problema de la crítica. Para mí, es determinación de las estructuras profundas de una obra literaria. Es decir, de sus constituyentes formales y de su sentido y valor como experiencia de lo humano.

Creo no haber hecho crítica, sino investigación literaria. La crítica implica juicio de valor, cosa que yo he dado ya por supuesto en mis estudios.

He enseñado en la Universidad Austral de Chile (Valdivia) y en la Universidad de Concepción. Actualmente soy profesor de Literatura Chilena y de Literatura Hispanoamericana en esta última.

RAMON GARCIA CASTRO (* Santiago, 20 de noviembre de 1940).

Profesor de Inglés, U. de Chile, 1964. Master of Arts in Comparative Literature, Harvard University, 1966.

OBRAS:

“Truman Capote: de la captura a la libertad”. Ed. Universitaria, Santiago, 1963.

OCUPACION:

Trabajo como Auxiliar del Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la U. de Chile. Profesor Auxiliar de la Cátedra de Literatura General de la Facultad de Filosofía y Educación, U. de Chile.

CRITICA: Me interesa principalmente la crítica interna —temas, tiempo, estilo—; la externa sólo como ayuda a la comprensión de la obra misma.

MAESTRO: Roque Esteban Scarpa.

VIAJES: Argentina, Méjico, Puerto Rico, EE. UU.